

LOS 500 AÑOS: DE RESISTENCIAS Y REINCIDENCIAS

En el juego de espejos, lo que finalmente viene siendo el rostro del tiempo, esta historia no se inicia en el momento en el que Colón pisa tierra americana, abriendo con ello la llave de un imparable torrente de sangre. No se inicia siquiera en los atroces empeños de los Cortés, Pizarro, Alvarado para quienes estas tierras fueron largo, ancho y adolorido escenario.

Esta historia da principio con las declaraciones de Felipe González, presidente socialista de España, con motivo de la denonada defensa de Cuba a su territorio y sobre ese hecho, y enfocadas desde esta óptica nuestra, son calificables de “gran inmoralidad”, y aquí, en este punto, es en donde entroncan las imágenes de los espejos encontrados.

La historia contemporánea se asoma al espejo, y en un contrarreflejo que se reproduce hacia el infinito se encuentra con el viejo rostro (siempre el mismo) con el que se manifiesta el poderoso reclamando su derecho a agredir y saquear a los pueblos de menor desarrollo tecnológico. A Cuba, la parte en pie de América Latina, se le reclama la obstinada defensa de su territorio y soberanía; esa es su gran afrenta para los poderosos, y éstos reaccionan con espíritu de club – de pandilla, sería el término más exacto--, definiendo una vez mas la eterna vesania del Norte contra el Sur, confrontación del despojo que se inició hace siglos y que aún en nuestros días mantiene idénticas características, apenas alteradas durante el breve lapso de una confrontación Este-Oeste que, al cesar, deja en mayores desventajas a esa extensa zona de pobreza marcada con la humillante designación de Tercer Mundo, vastísimo paraje de despojo y muerte.

La llegada de las naves españolas a los mares del Caribe se repite una y otra vez, y en ésta corresponde a Felipe González gritar “Tierra a la vista”, en función y beneficio de la unipolaridad de la que, en papel de servilísimo, él también forma parte.

Ésta no es una historia muerta. Está más viva y actual que nunca. Acción es que produce, igual, una resistencia que no ha cesado y que ensaya cada vez formas más difíciles de sobrevivencia. Son 500 años de resistencia que se iniciaron desde el momento mismo en que tocó la primera nave suelo americano, para no llevar anclas desde entonces, clavadas en esta tierra, incrustadas insaciables en lo más profundo de la vena amarga. Desde entonces se ha establecido un perenne mecanismo en donde, por un lado, la pandilla voraz impone su juego de saqueo y crimen, y, por el otro, un largo cuerpo inerme acumula en las entrañas la acción continua de destinos adversos.

La pandilla jamás renunciará a su derecho al hurto y al asesinato, siempre dispuesta a unirse para preservarlo. Se ha visto en casos muy recientes, como los de Las Malvinas, Granada, Panamá, o apoyando con el silencio la guerra de baja intensidad contra Nicaragua o el bloqueo económico a Cuba. Ante ella los pueblos pobres no tienen derecho a defender lo suyo, a alegar por su dignidad. Las naciones débiles, despojadas de su historia a cada segundo que pasa, tienen asignado un solo papel: el de acatar; si no, la venganza del club es terrible. ¿No fue la pasada guerra del Golfo Pérsico una contundente demostración de la alianza de los poderosos? Toda la gavilla atacó en forma coordinada, reclamando con santa ira su parte en la masacre. Todo el mundo civilizado, el Primer Mundo, el Norte, dejando caer su peso sobre un país pobre, el Tercer Mundo, el Sur. Ellos, los del poder, queriendo todos participar en la lección que se administraba a la humanidad para que quedara perfectamente esclarecido, una vez más, quiénes son los que mandan en el planeta.

Ricos contra pobres.

La lucha de resistencia iniciada hace 500 años persiste en nuestros días, dado que los pueblos se niegan a morir por aplastamiento, pero en esa resistencia, vista desde las características que nos impone la actualidad, no se trata de ser antiespañol –sería un absurdo-, sino antiimperialista, y aquí sí habría que admitir que los gobiernos españoles se obstinan en pertenecer a la malhadada cohorte imperial, aunque sea en calidad de hujieres. Su espíritu es ése, y no se resignan a abandonarlo; es su esencia, su sustancia, es el Norte necio y prepotente, reafirmandose en su insistencia antinatural.

Pero esta actitud se argumenta a cada paso, como si hubiera argumento válido para justificar la antinaturalidad, y en el juego de espejos propuesto al principio de estas líneas vemos a Felipe González tratando de convencer a Cuauhtémoc y a Túpac de la criminalidad que encierra el que una altanera isla del Sur trate de defender su dignidad y su soberanía. La misma lucha de hace 500 años: el abuso del Norte y una cada vez más precaria resistencia del Sur.

Las épocas provocan singularidades. Cuando las tropas de Hernán Cortés avanzaron hacia México-Tenochtitlan (el mismo fenómeno se dio en la conquista de los Chiapa), fueron recogiendo la suma de los pueblos agraviados, vencidos en la guerra y expoliados con asfixiantes cargas tributarias. Había odio, que fue militando al lado de la causa española, ensanchando el ejército, proporcionándole información topográfica y valiosos recursos estratégicos. La conquista de México se logró con la propia sangre autóctona. El odio entre los propios originales de estas tierras hizo caer el Estado más poderoso de Mesoamérica.

En las gestas de hace cinco siglos una serie de insalvables rivalidades internas minó indefectiblemente la resistencia bélica, quedando solamente el recurso de una resistencia pasiva, mantenida a través de muchos años de dolor. Esas rivalidades hicieron posible que el poder extranjero destroncara al poder local. Fue un encontronazo violento entre dos poderes, un combate a muerte entre el poder interno y el que venía de fuera, tocándole al primero cargar con el terrible cargo de la derrota.

A 500 años de tales sucesos, desde el campo de la resistencia se delinear otras perspectivas. Si bien es cierto que el poderoso Norte continúa en el ejercicio de su bárbaro saqueo en detrimento del Sur, también lo es que ahora los poderosos internos se unen al sojuzgador externo, dentro de un cuadro en el que las políticas nacionalistas ceden cada vez mayores terrenos, ya por medio de entreguismos groseros, ya mediante la instrumentación de mecanismos comerciales y económicos que le dan a la entrega un rostro de cálculo político, de análisis técnicos en pro de supuestos beneficios y desarrollos.

Si antes los sojuzgados se unieron a los invasores para tomar venganza, ahora son los mismos poderosos de adentro lo que se asimilan –en plan de sirvientes- a los poderosos de afuera, para seguir gozando en esa forma de su situación de privilegio. Ésta, arroja entonces, un ineludible marco simplista que nos remite a la misma vieja lucha de siempre, a la lucha de ricos contra pobres. Las burguesías internas aliadas a los poderes externos, a los intereses del club, sirven en muchos casos de uña que saca las castañas del fuego y ayudan a configurar la misma actual historia de la conquista y el hurto, llevando a los pueblos como víctimas.

El poder del Norte y de sus aliados criollos en los diferentes países crece cada día más, y es a los amplios sectores proletarios a quienes toca formar el bloque de resistencia. En una transportación de valores, identifiquemos el valor Norte con el valor ricos y el valor Sur con el valor pobres. Solamente que en el Norte, que no conforma un bloque homogéneo, se da también la división ricos = financieros, industriales, detentadores del poder económico y político; y pobres = las enormes masa de asalariados que si bien gozan de niveles superiores de vida con relación a los pobres del Sur, que de alguna manera financian a los primeros, son también marginados de las esferas de decisión. Entre estos sectores suman también, y en gran medida, las minorías étnicas.

Por lo que respecta al Sur, la división entre ricos y pobres se da entre criollo, solidificado desde las luchas de Independencia, y las masas de trabajadores que desde su miseria patrocinan un estándar de vida más elevado a sus hermanos trabajadores del Norte.

El canto del tecolote.

Es innegable que entre los batallones de pobres del Sur son los grupos indígenas los que ocupan el renglón más bajo de la escala social, y todos juntos vienen a ser doblemente victimados; lastimados plenos por los poderes de adentro y de afuera.

En México, la expresión más aguda de la miseria se encuentra repartida en 10 millones de seres. En América, llega a 50 millones la población indígena. Según algunos lingüistas, los grupos étnicos son clasificables de acuerdo con el uso de lenguas; en México, no sin discusiones al respecto, se acepta por lo general la existencia de 56 lenguas indígenas. Las principales son: náhuatl, maya, mixteco, zapoteco, otomí, tzeltal, tzotzil, purépecha, tarahumara, mixe, mayo y chol, entre otras. La suma de estas etnias arroja aproximadamente 20% del total de la población. En países como Bolivia, Guatemala, Ecuador y Perú, el porcentaje se eleva a 40%. Después de la gran opresión colonial, el liberalismo del siglo pasado tomó a los grupos que arrojan estos porcentajes como colonias del nuevo poder.

Al triunfar las luchas de Independencia en el continente, la criollada que las encabezó ascendió al poder y se mostró aún más cruel con los indios. El abandono fue grande en un principio, y cuando las leyes del liberalismo los tocaron fue para hundirlos más en la miseria como sucedió en lo relativo a la tenencia de la tierra, que produjo figuras como Emiliano Zapata, producto reivindicador del lejano y desmembrado calpulli. Los criollos liberales requerían una identidad que los respaldara históricamente. La buscaron en la grandeza del pasado indígena. Los viejos mitos de la ancestral cultura fueron la principal fundamentación para un nacionalismo que tremoló, apasionada, la nueva burguesía. Peor esto para el indígena, sólo significó un doble saqueo: por un lado, la utilización de sus antiguas expresiones culturales y, por el otro, la rapacería y el desprecio para quienes, ya en lo personal, afeaban, iban mal, con las pretensiones europeizantes de la criollera nacionalista, es decir, con las pretensiones de formar parte, de alguna manera, del Norte avasallador.

Sin embargo –ubicándonos en nuestros días-, después de haber sido tanto tiempo víctimas de las aves de rapiña, los diferentes grupos étnicos del continente subsisten, ya relegados a montañas inhóspitas, ya remitidos a junglas devoradoras, ya arrojados a terrenos desérticos. Subsisten, con todo en contra, con las adversidades que les instrumentó la legalidad del liberalismo; están aquí, de cuerpo entero sobre el continente, conservando su pluralidad cultural, su propio ser en cada caso. Están ahí, resistencia de 500 años acumulados con sangre y amargura.

La memoria de González

Pero los 500 años de resistencia, no sólo han sido sostenidos por la población indígena, sino por todos los pobres del continente, vasto organismo lacerado del que los indígenas también forman parte. Durante el mundo precortesiano, hubo invasiones de pueblos sobre pueblos y de culturas sobre culturas, pero la invasión europea impuso una modalidad que transformó diametralmente el hecho, cambiando las características que se conocían hasta entonces, al apropiarse los invasores del manejo de los recursos y su explotación con el nuevo criterio de la propiedad privada. Andando los siglos, los despojados de los recursos y su manejo iban a terminar siendo los campesinos y los obreros, en la concepción que de estos estratos sociales se tiene.

La Conquista impuso a los pueblos autóctonos un sistema bárbaro de explotación basado en impuestos, diezmos, encomiendas y repartimientos, y una devastación humana que el sólo imaginarla provoca escalofrío. Barón Castro, en su libro La población de El Salvador, asienta que, para 1524, la población indígena salvadoreña era de 130 mil habitantes y que para 1551 ésta se había reducido ya a 60 mil. Tanto vandalismo aplicado originalmente a indígenas y mestizos se ha extendido en la actualidad a las mayorías pauperizadas. Son los pobres del Sur, sin distingos de etnias ni nacionalidades, los escarnecidos. Ése es el problema real. Así que tendremos que considerarlo: el abuso del Norte = rico. La resistencia (500 años) del Sur = pobre. Felipe González, el hujier español del Norte, entre otros, está para recordárnoslo.

Al Sur no le queda más que sumarse, configurando un mismo frente de los pobres en busca de los necesarios caminos al futuro, pasando de una resistencia pasiva a otra activa. En tal empeño una tarea fundamental sería la de integrar a las diferentes etnias del continente, no con el criterio del liberalismo, que sólo las ha ultrajado, sino con una actitud de respeto a sus diferencias, pero con una meta común en los órdenes político y económico.

La población de América Latina es mestiza, y por lo tanto también su cultura. Nadie podría pensar en el absurdo de volver al mundo indígena de antes; de la Conquista para acá, el mundo ha tenido un cambio de 500 años. En estas circunstancias, un enemigo mortal sería la segregación de las minorías. Éste por el contrario, es el momento de sumarse, sin racismos de ninguna especie, configurando un mismo frente de los pobres, dispuestos a convertirse en los dueños de su propia historia.

En una de sus páginas, nos dice el poeta Luis Cardoza y Aragón: “es el pensamiento contemporáneo no racista el que rescata al indígena y lo indígena, no con nostalgia del futuro, de retorno al futuro”. Y más adelante se pregunta: “¿No sería adelanto que dejaran estructuras de castas y participaran con noción de clase?”. En todo caso, el encuentro Norte-Sur que se viene presentando desde hace 500 años es la historia de explotadores y explotados, o sea, asunto que habría que ver desde la perspectiva de confrontación de clases y no de razas. Muchos capataces indios fueron efectivos aporreadores de su clase, y se les llamó capataces, mayoresales, caporales, abogados fiscales y hasta presidentes de la república.

La vaca y la pata.

Algunos estudiosos sostienen -no sin razón- que lo que se dio en América Latina no fue mestizaje, porque la mezcla no se produjo tras un acto amoroso, por el encuentro de dos energías complementarias la una de la otra, mediante una bilateralidad de fusiones amorosas, sino por el contrario, hubo el abuso sexual, el sometimiento de la mujer india a la brutalidad europea, la violación sin más, el poderoso extranjero imponiendo su voluntad sobre la nativa desvalida.

En todo caso, y fuera de estas consideraciones genético-morales, hay un producto carnal y cultural que se viene a robustecer con la mezcla, negra y de otras sangres –como la hindú y la china, por ejemplo, importadas a Belice por los ingleses como mano de obra (siempre, la eterna relación antinatural Norte-Sur)-. En esa forma, América Latina ha terminado siendo uno de los crisoles más grandes del mestizaje en el mundo. Desde esa realidad debemos reorganizar nuestra estrategia.

Al criollo, representante del Norte trasterrado (se adecua a la tierra india, se apodera de sus simbologías en busca de una identidad, pero siente un infinito desprecio por el indio), a ese criollo le toca heredar la riqueza y el poder en las nuevas tierras; al mestizo le toca heredar la pobreza. En esta América mestiza, el mestizo es el pobre, el sometido al trabajo forzado y a la mala paga.

Dentro de este aspecto Rigoberta Menchú, fundadora del guatemalteco Comité de Unidad Campesina, en el exilio, razona de la siguiente manera: “Es claro también la lucha y el esfuerzo contra la marginación y la inhumana explotación, no son sólo nuestros (habla de la etnias de su país), sino de todos los oprimidos de ayer y hoy”. Y puntualiza aún más su visión: “La injusticia sufrida desde hace 500 años nos ha ido hermanando a indios, mestizos, negros, obreros, campesinos, técnicos, profesionales. Y en este proceso de unidad también hemos ido encontrando hermanos de todo mundo –del que llaman Primer Mundo-, que han resistido a identificarse con una historia de opresión y se han comprometido con un futuro distinto para nuestros pueblos”. De toda esa amalgama acabada de mencionar habla Rigoberta Menchú, y no nada más de la etnias, cuando dice: “Hemos mantenido nuestros pueblos, sus culturas y luchas desde nuestras comunidades destruidas; y hoy, finalizando el siglo XX, estamos en medio de esfuerzos y sacrificios, llevando adelante nuestra lucha y gestión por mejores salarios en las fincas de agroexportación, por el derecho al trabajo, a la organización. Ofrendamos lo más rico de nosotros mismos a la construcción de la democracia, de la paz y de la justicia en nuestros países”. Es decir, estamos en la plena lucha de resistencia. Esa energía y esa visión son las opuestas al neoliberalismo fallido, en el que se insiste en nuestro perjuicio por parte del criollismo de políticos, tecnócratas e intelectuales inconsistentes, defecionantes estos últimos, que ayudan a amarrarle la pata a la vaca.

Libertad a fuerzas.

De los orígenes de este liberalismo en América Latina, ahora llamado neoliberalismo, James Petras recuerda:

La libertad universal proclamada por los liberales significaba en la práctica la libertad de enajenar tierras de los indios y de la Iglesia, iniciando así un nuevo ciclo de gobierno enclavado en las plantaciones de exportación relacionadas con el mercado mundial. La libertad de la autoridad tradicional, predicada por los intelectuales liberales, se convirtió en la base para imponer la tiranía de los terratenientes propietarios sobre los indios sin tierras y los pequeños propietarios. Esta revolución liberal dio lugar a esas perversiones del lenguaje que son cosa común en el siglo XX: la gente fue forzada a ser libre.

La pregunta inquiera qué pueden esperar nuestros pueblos –ya hay además una experiencia anterior- de una ideología basada en una competencia feroz, con definidas formas de egoísmo en su estructura, que pelea por la libertad de tener y que ésta obviamente se inclina a favor de quienes detentan la fuerza del dinero y de las armas. Para que la libertad del individuo sea real –dice el pensamiento clásico liberal-, se requiere la vigencia plena de la propiedad privada, buena propuesta que se pasea frente a las narices de quienes desde hace siglos fueron despojados, no sólo de sus bienes materiales, sino hasta de sus creencias religiosas.

Si para Adam Smith la desigualdad en la riqueza y la injusticia en las relaciones sociales son inherentes al sistema económico liberal, reconocimiento al calce de la acción capitalista, para Hayek, dentro de este liberalismo ya maquillado con la palabra neo, esa desigualdad y la miseria que le resulta, tanto en el orden material, como en el moral, se circunscriben a un fenómeno estrictamente privado, igual que sus posibles soluciones en las que el Estado, por respeto a la libertad, al libre juego de mercados, no debe intervenir, es decir, el cordero abandonado a su suerte en las garras del león.

“¡Aguas, a’i viene el Norte!”

“¡Aguas, a’i viene el Norte!”, advertiría en su giro popular la voz de algún habitante de las zonas marginadas de México. ¡Cuidado, la tragedia se nos viene encima una vez más! ¿Cuál es la libertad que el neoliberalismo podría proponer a los pueblos de América Latina, pobladores atribulados de esta basta y trisajada expresión del tercermundismo? Si el liberalismo original se plantea con base en la libre empresa, el neoliberalismo, como fase superior, trabaja ya con el capitalismo de los grandes monopolios; la competencia es entre los trusts. ¿Qué resquicio posible le queda entonces a los pueblos? “El capitalismo”, sostiene Heinz Dieterich, “ha enriquecido al 15% de la humanidad –el Primer Mundo- a costa del empobrecimiento del 85% restante. ¡Aguas! Los capitales transnacionales serán los que operen. A los pueblos empobrecidos quedará el papel de acatar.

Propugnar por la libertad de apropiación y de empresa es propugnar por la libertad de explotar las minorías a las mayorías, sólo que la revolución industrial inglesa, por ejemplo, ejerció en las postrimerías del siglo XVIII una sangría sobre sus trabajadores, que posteriormente fue permutada por la fatiga y la muerte de los pobres de las colonias. El sistema colonial salvó a aquel primer liberalismo, porque hubo una gran masa de desheredados, de la que se pudo echar mano exprimiendo su fuerza de trabajo y los recursos naturales de su medio ambiente. A esta masa le tocó pagar las fallas y las injusticias del sistema; para ella, e incluso mucho después de los movimientos independentistas, el liberalismo ha significado la libertad de fallecer en medio del hambre, de la miseria y de la insalubridad.

No hablaré del terror

No hablaré del terror.

Hay un sol oscuro que rige sobre este ya largo y difícil horario nuestro. El signo bajo el cual se mueven nuestros pueblos (América es un crisol de etnias) ha sido hasta hoy el de la ineficiencia, con un dramático saldo de violencia y miseria.

El modelo liberal en el que hemos fincado nuestra vida diaria ha sido incapaz de superar los tradicionales cuadros de discriminación y sobreexplotación de seres y de recursos naturales que llevan forzosamente a la pobreza, a la ignorancia y a la insalubridad, elementos que se traducen en un solo y terrible hecho: muerte.

Desde esta perspectiva, el neoliberalismo enarbolado actualmente no puede ofrecer más que el refrendo –con nuevos maquillajes- del antiguo rostro descarnado que sigue estando ahí, más allá de la máscara. Este neoliberalismo de hoy levanta la bandera de una democracia en la que subexisten 185 millones de pobres, en una región en la que 40% de los hogares no alcanza a consumir el número de calorías necesarias para una vida sana y 88 millones de indigentes se encuentran confinados en el más absoluto abandono.

Hay otras cifras que por su parte también ilustran el horror. Éstas proceden de la CEPAL: en 1986, en América Latina, con 409 millones de habitantes, existía un 36 % de población urbana en la pobreza, 40 % de ella en extrema marginalidad; 61% de campesinos pobres y, de ellos, 37% absolutamente miserable, lo que arrojaba una cifra de 270,9 millones de pobres, números que es fácil comprender, se han incrementado a la fecha.

Cualquiera de estas cifras que se prefiera dibuja a sangre y sombra el magro paisaje de nuestras democracias.

Sí, Dios estaba enfermo

César Vallejo nació un día en el que Dios estaba enfermo, grave. El sino del poeta también fue heredado por la parte de continente que nos toca. La adversidad es pan cotidiano El modelo aniquila en vez de favorecer. Sus posibilidades están agotadas. Entonces, en medio de tanto deterioro, surgen los nuevos proyectos para intentar la permanencia. Se habla de integración entre los modelos nacionalistas, que lo han sido de ineficiencia hasta la fecha, pero la integración que se propone es estrictamente comercial. Se habla del establecimiento de tratados de libre comercio, pero se pasa por alto la realidad de las asimetrías entre países con problemas de indigenismo, con déficit propios de tercermundismo del que proceden, y países altamente industrializados, beneficiarios tradicionales de la explotación irracional de hombres y mujeres y entornos geográficos.

Quizá la unipolaridad a la que ha llegado el mundo de hoy cierre toda opción para erradicar en definitiva el modelo de la ineficiencia (por otro lado, el proyecto socialista en América se encuentra más isla que nunca). La acción en esas condiciones habrá de consistir en dotar de humanismo, en lo más posible, a ese liberalismo que hasta el momento ha tutelado la tragedia.

Es falso hablar de modernidad cuando se habla desde la cúpula y sospecho que son falsas también las soluciones que se den desde la mesa del tecnócrata, desde las fórmulas del estratega, es decir: desde la cúpula también. Seguiremos, en todo caso, en los empeños del maquillaje. Buscar soluciones desde las teorías economicistas del neoliberalismo significa seguir empedrando los caminos del infierno. Estados Unidos, Europa y Japón bien nos ayudan en ello. Nuestra democratización empieza con el voto atado, cuando se emite, y concluye con el retorno de epidemias propias de siglos pasados, como el cólera.

Sólo en América del Sur la deuda externa en 1990 fue de 432 mil millones de dólares. En el hemisferio norte, México es uno de los países más endeudados del mundo. ¿Qué democracia puede ser posible con esa guillotina sobre la nuca? Se puede afirmar con total certeza que de esa manera pierde operatividad cualquier redefinición del papel del Estado que pretendiera abolir la ineficacia burocrática impulsando los procesos de privatización. Si lo que se planea fuera de estas especulaciones copulares cae en los terrenos de la utopía, entonces habrá que trabajar sobre la utopía hasta convertirla en realidad, y por lo tanto en proyecto viable.

Es práctica usual de nuestras esferas rectoras relegar los hechos culturales a los últimos planos. La luz es veneno (parecen discernir), y por ello nuestros países han carecido siempre de una verdadera política cultural, y los programas educativos deambulan en nuestros planos, tan ineptos, como el sistema que les ha dado vida.

Es claro que la educación y la cultura constituyen la semilla de la humanización que debemos instaurar. Siempre he sostenido que el procedimiento se inicia con la liberación de los sindicatos; las organizaciones de los trabajadores deben responder plenamente a los intereses legítimos de la población, y para ello se requiere que sean regidos por los verdaderos interesados.

Dentro de esta óptica, el planteamiento es el siguiente: la recuperación de los sindicatos, para asegurar una educación real y humanista (para alcanzar la cultura) que atienda tanto las necesidades nacionales como las etnias. Por medio de una educación adecuada, crear aptitudes para la defensa de la vida social y de la ecología, su casa; anular el aislamiento impuesto al socialismo americano, que, aunque ha demostrado ser un sistema más justo dentro de la realidad regional, no se le ha permitido desarrollar su potencialidad; prepararnos, entonces sí, para arrancarle al futuro un necesario y definitivo cambio de modelo.

Solamente así podemos escapar o por lo menos darnos mayor posibilidad de superar un futuro viejo, como el que se nos propone, incapaz de dar más de lo que nos ha dado: muerte y explotación, bajo el espejismo de ese mito en el que tanto se nos insiste en estos tan duros días nuestros: la democracia.

Amarrando a la loca de la casa

Fortalecer nuestra cultura significa reconocer, de principio, la reafirmación de un sincretismo basado en las más variadas expresiones humanas del conocimiento y de la sensibilidad creadora. La Conquista dio, finalmente un entrelazado de valores indígenas, judíos, moriscos, chinos, africanos. La resistencia pasó a fincarse en estas aleaciones, pasó a formar cuerpo con este conjunto de mezclas que pudo dar en el terreno de las artes, por ejemplo, una expresión tan vital como el barroco americano.

Nuestro mestizaje cultural es un valor ganado en medio de la barbarie, una energía creadora que nos dota de identidad y de inagotables recursos para nombrarnos como hecho histórico. La acumulación de culturas ha dado a los pueblos de América, en la práctica de su resistencia, una gran fuerza imaginativa y creadora. Asevera un conocido escritor nuestro que América Latina es el continente de la imaginación. En lúcida expresión, afirma Lezama Lima que en nuestro ámbito “la imaginación ha dejado de ser la loca de la casa”.

En el momento en el que se gestan en América Latina corrientes como el romanticismo, el modernismo y la vanguardia, irrumpen éstas aquí con una fuerte carga del paisaje y de las antiguas raíces siempre vivas, y es así como se crea el lenguaje que entra al terreno de las denominaciones con una savia fresca, llena de posibilidades y significados propios. Revueltas, Villalobos, Ginastera, Siqueiros, Torres García, Lam, Rulfo, Carpentier, Cortázar, como parte de un río interminable, son lo más nuestro y lo más universal al mismo tiempo.

Así es como hoy la principal fuerza de este Sur violentado es su cultura; de ella habrán de surgir la fortaleza de la identidad y los elementos históricos que conviertan el estado de resistencia en acto de liberación. La cultura es lo más poderoso y vital que tenemos, es lo que hasta el momento nos ha dado un rostro ante el mundo y, aunque mínimamente, ante la ceguera y el odio del Norte un argumento que reclama nuestro derecho a seguir viviendo. Es por ello que el mayor ataque del Norte está enderezando contra la cultura, combatiéndola por todos los medios, incluyendo principalísimamente la impresionante tecnología puesta al servicio de los mass media, los que han actuado como caballo de Troya en eso de minar la conciencia histórica latinoamericana.

El gringo culto

A través de los medios de comunicación, de la entrega de intelectuales nativos en pos de privilegios personales, de la total indolencia de los gobiernos del Sur y hasta de las organizaciones de izquierda de la región con relación a la cultura, de la creación de organismos oficiales que nacen siendo auténticos elefantes blancos al servicio de los intelectuales más entreguistas de cada país –que detienen a toda costa el verdadero desarrollo cultural y libertario que nace en el seno de los países, por medio, por ejemplo, de un corrupto sistema de becas y de pícaros metidos a

críticos de las artes-, al Sur se le está golpeando de muerte en el centro de su fuerza, en el eje fundamental de su resistencia.

El ataque ha sido sistemático:

En la década de los cincuenta se consolida un movimiento de reacción en contra de la Escuela mexicana, apoyado desde afuera, desde Estados Unidos en concreto, y que tenía sus raíces en una corriente inmediatamente anterior encabezada por Manuel Rodríguez Lozano y apoyada por un grupo de poetas conocidos como los Contemporáneos, quienes sustentaban la universalización del pensamiento, junto con la despolitización del arte. Entre la década de 1950-1960, los pintores en reacción contra la Escuela Mexicana son favorecidos al abrirse para ellos un gran mercado de arte en el extranjero, especialmente en Estados Unidos, mientras la Pan American Union logra penetrar en el país e imponer sus directrices estético-políticas. Frente a las corrientes realistas, surgen las del arte abstracto o bien las de un arte figurativo basado en la expresión existencial del individuo. La OEA apoya desde Washington las nuevas proposiciones. (Benito Messeguer en Chiapas.)

[Leticia Ocharán](#) recuerda en su texto El arte en México después del muralismo, publicado en Moscú, cómo entre 1952 y 1953 la galería La Prisse, más que una galería, fue el centro de reunión cultural más importante de aquellos años, porque el ideal individualista como inspirador de lo creativo obedecía mejor a su concepción romántica del arte y del artista, y, por supuesto, contraria a los ideales del muralismo.

Una campaña estadounidense muy bien organizada acabó prácticamente, no sólo con el muralismo, sino con casi toda pintura de contenido en México y en América Latina. “De hecho -afirma el maestro Antonio Rodríguez- se combatió el nacionalismo mexicano en la misma medida en la que se exaltó el nacionalismo artístico del Norte”, representado en el expresionismo abstracto. En 1964 fue inaugurado en México por el entonces presidente López Mateos el Museo de Arte Moderno, que vino a representar el espaldarazo final a todas éstas corrientes. Fue cuando se produjo el escándalo del Salón Esso, precisamente en las instalaciones del nuevo museo.

La compañía petrolera estadounidense Esso, de tan nefasto historial para América Latina patrocinó en el continente una serie de concursos (“semifinales”) en apoyo a las nuevas corrientes. El realizado en México (seguramente los hechos fueron similares en las demás naciones) estuvo rodeado de graves inmoralidades por parte del jurado. Uno de los actos que provocó mayor repulsa en esos días fue que uno de los premiadores, el escritor Juan García Ponce, fuera hermano del premiado, Fernando García Ponce –por otra parte, magnífico pintor dentro de las nuevas corrientes-. Finalmente, los triunfadores de la “semifinal” de México fueron rechazados en la “final” de Nueva York. El Primer Mundo accionaba el freno. Los tenebrosos petroleros, beneficiarios y columnaria de un sistema que ha masacrado a nuestros países, había realizado su concurso internacional de pintura. Los torvos habían lavado su rostro en el arroyo de la cultura.

Talento no impecable, sí implacable

Se tendrá que reconocer un valor sustancial. En las actitudes de la Pan American Union, de la galería La Prisse y de las que vinieron después con el mismo estilo; de la rama cultural de la petrolera Esso, del dinero empleado por los organismos culturales de los Estados Unidos –muchos de ellos manejados por la Agencia Cenral de Inteligencia-, de los apoyos financieros y de diversa índole proporcionados por la OEA de aquellos años, iba implícita una promoción a fondo en contra del arte de contenido, pero la realidad histórica y geográfica en la que se ha desarrollado el artista latinoamericano es poderosa, y aun desde el abstraccionismo o el expresionismo esa historia y esa geografía están presentes siempre, como un poder que por encima de los deseos externos impone su verdad. Eso quedó demostrado por parte de los excelentes artistas surgidos de estas corrientes promovidas desde el extranjero.

Dentro del abstraccionismo, y desde el expresionismo, muchos creadores de genio han sido grandes artistas latinoamericanos. En uno de sus momentos. José Luis Cuevas afirma: “sí existe un arte latinoamericano, que

consiste en un rechazo voluntario al arte europeo y al norteamericano. Me repugna la actitud de esos artistas que parecen ir a Nueva York a mendigar el favor de los críticos locales como para lograr un doctorado en pintura”.

La derrota de la música

En donde la derrota amenaza con ser total y definitiva es en la música. En un continente en el que nacieron Revueltas, Villalobos, Ginastera, Ponce, Roldán, García Caturra, Camargo Guarnieri, Cordero y demás grandes, la música de concierto constituye, para nuestra vergüenza, el mundo del abandono. Los atropellos y las omisiones que sobre este renglón se registran a diario en nuestro continente forman una lista de ignorancia, forman una lista ignominiosa. La falta de apoyo para esta forma de arte, que requiere de manera forzosa el subsidio de los Estados, constituye otra fase de la agresión a las más genuinas expresiones de la identidad.

Fuera de la sala de concierto, en el ámbito de la música popular, la que cantan y bailan las mayorías en las calles, en los salones públicos, en el interior de los hogares, los medios electrónicos y discográficos, han jugado a la perfección su papel corruptor. Si toda obra de arte solamente puede ser posible mediante la existencia de un emisor y de un receptor, la dimensión del daño se delinea en el mal gusto musical que se han impuesto a los escuchas del continente, que de alguna manera es el mal gusto que los dueños del capital y la industria le han impuesto a los pueblos del mundo, como parte del suicida salto hacia atrás que ha dado el planeta en nuestros días. La elementalidad más ruin, el cavernario retroceso disfrazado de modernismo sólo porque es elevado a demenciales decibeles, la más grosera monorritmia, apoyada en el switch y la clavija, ha constituido una de las más arteras armas en contra de la conciencia latinoamericana, en contra de nuestra música original, tan llena de sapiencia, poesía y magia.

En este sentido, el daño ha sido tan grave que hasta los más doctos disertadores de las ciencias y los humanismos, en el momento de hablar de sus gustos musicales exhiben el deterioro. Un estudioso serio y profundo puede discernir doctoralmente sobre sociología o literatura, pero a la hora de hablar de la decadencia cultural, jamás mencionará el renglón de la música, porque él mismo está sumergido en esa bancarrota, muchas veces sin haberse percatado de ello. En este sentido, la alevosía y el mal gusto del Norte han ganado la partida estrepitosamente.

La traición de los intelectuales

Es opinión de los pensadores sinceros, no sólo de América Latina, que la humanidad esta viviendo la gran derrota de la cultura. Pareciera que estuviera puesta a dar marcha atrás, como si hubiera llegado a un punto de fatiga en el que lo más fácil es el retorno a la elementalidad. Los músicos, desde Perotin a Bach, desde Handel a Stravinski, desde Shoemberg a Varése, llegaron a tal grado de evolución que es imposible desarrollar más, y entonces, como manera de desahogo para los creadores presionados, se les conecta electricidad a los instrumentos para dar impresión de modernidad, es decir, se deforma la magia de la acústica y se regresa estridentemente a los planos más primarios, como si la mente humana no hubiera acumulado tantos siglos de experiencias y sabidurías. Pro tal parece que esto estuviera sucediendo también en las demás materias y en las demás artes. Lo que sucede es que se está dando un ataque sistemático en contra de la cultura por parte de los gobiernos del Norte, con la abierta complicidad de los gobiernos del Sur. Ciertamente es: los monopolios ciegos y voraces que dominan el orbe están en contra de la cultura, ésta es la forma más eficaz que han encontrado para mantener desunidos y mejor seguir explotando a los pueblos.

En el desleal empeño cuentan con la traición de los intelectuales. La anticultura mina, y ellos están dispuestos a ayudar a minar; a cambio, hay todo un sistema de premios internacionales que dan dinero y prestigio. La traición está en marcha. El mundo continúa en el funesto periplo: el resurgimiento del racismo en Europa, retornando a estadios políticos y sociales que se creían superados por la historia; la increíble añoranza por el retorno de antiguas monarquías; el regreso de violentas burguesías nacionales, desangrándose entre sí; destrucción y fascismo por todos lados. En América, una inconsciente derechización de gobiernos e intelectuales, el retorno a la privatización y a neoliberalismos que ya desde el siglo pasado habían demostrado su fracaso; la vuelta a devastadoras epidemias,

cómo el cólera, el paludismo y la tuberculosis, con la misma fuerza con la que diezmaron a los latinoamericanos de los siglos XVII y XIX, epidemias todas éstas prohijadas en el vientre de la miseria.

Pero en el momento en el que más se requiere fortalecer la resistencia, los intelectuales hacen su trabajo; ellos están en contra de la cultura, porque la cultura es peligrosa para quienes detentan el poder. Existe toda una confabulación de los poderosos y su alcahuetes en contra de la cultura, es decir, existe toda una confabulación contra la humanidad, incluyendo la parte de ésta que, aun viviendo en Europa, Japón o los Estados Unidos, forma parte también del Tercer Mundo. Recientemente, el poeta Octavio Paz se presentó en la Residencia de Estudiantes, en Madrid, lugar en donde se reunían García Lorca, Alberti y otros distinguidos escritores de aquella generación. En esta época de retroceso, el director de Vuelta, ante un lleno total, leyó parte de su libro más reciente y de otro aún inédito. Lo leído fue de una simplicidad que ni siquiera como burla a la poesía se puede tomar, por lo anodino de los textos. Aún así, el escritor, a quien yo en lo personal he considerado como el más grande poeta mexicano después de López Velarde, comentó frente a su atiborrado auditorio que estaba leyendo la parte más importante de la obra escrita por él en su vida. La traición de los intelectuales en vivo. La desculturización del mundo en punto. El golpe a la resistencia en la forma más artera. Advierte esa gran mexicana. Aurora Reyes, en un poema dedicado precisamente a López Velarde: “ya vienen, Patria Suave, ya vienen otra vez los mercaderes”.

La era de los elefantes blancos

Y sin embargo, el dinero de las naciones pobres se gasta a manos llenas en nombre de la cultura. Para complementar la traición, se crean macroorganismos culturales en países en los que, por esencia, se carece de un programa cultural de gobierno. De esa manera, para impedir el acceso del pensamiento independiente, los ríos de millones de pesos se ponen en manos de funcionarios ineptos, con la orden de favorecer y fortalecer aún más a los intelectuales de la traición.

Recordemos, por muy reciente, el ridículo pasaje, en el que uno de esos funcionarios, Víctor Flores Olea, encabezando el macroorganismo cultural por excelencia de México, utilizó el dinero de un pueblo empobrecido para beneficio de un grupo de intelectuales prepotentes, cuyas posiciones dañan precisamente el desarrollo cultural de ese pueblo. Después de que estos intelectuales todo lo obtuvieron del servil funcionario, ellos mismos promovieron su caída, ridiculizándolo ante la opinión pública. Éste es el lamentable funcionamiento de los millonarios microorganismos, mientras el índice de analfabetismo está ahí, presente, recordándonos que en la única nación nuestra en el que ha sido enfrentado de manera efectiva es en la bloqueada y calumniada isla de Cuba, a la que estos intelectuales abusivos tanto han atacado, así como pretendido minimizar a nuestros mejores hombres de letras: Huidobro, Vallejo, García Márquez, queriéndoles hacer pagar por su digna filiación de izquierda.

Los criollos mentales siempre resultan favorecidos con la creación de los elefantes blancos de la cultura. Aparte, el Norte colonizador también pone en juego sus procedimientos, mientras se despoja a la sociedad de sus valores de identidad. La iguana pare al colibrí pero éste se asfixia en medio de la más densa polución ambiental; el colibrí nace con el espacio clausurado, con las alas encarceladas entre las paredes de la muerte. Por delante están los negocios del Norte, y parece que eso fuera lo único que importara en el planeta. Cuando se creó el boom latinoamericano, fue el mercantilismo, y nada más, de librerías españolas el artífice de su existencia. Después los vientos del mercado cambiaron (ellos mismos los hacen cambiar para seguir engordando la bolsa), y, en la actualidad, esos mismos librerías de España, como por arte de magia, no volvieron a publicar un solo libro de autor latinoamericano. Algo muy sucio, que ya sabemos lo que es, subyace en todo esto.

Felipe, en nombre de Dios y el rey

La Conquista no ha terminado, Felipe González, a bordo de su carabela de ignominia, llega a costas cubanas y desenvaina su espada en nombre de Dios (la Comunidad Económica Europea) y en nombre del rey (los Estados

Unidos). Su furia sagrada de conquistador está tan presente como siempre; atrás de él, como una terrífica sombra, se yergue el árbol del que será colgado Cuauhtémoc.

Ante tales circunstancias, en esta innegable lucha de ricos contra pobres, a nosotros no nos queda más que reorganizar nuestra resistencia, desde lo cultural hasta lo político, e impulsarla a un cambio cualitativo que la transforme de pasiva en activa. La nueva organización requiere, como ya antes se había planteado, la liberación de los sindicatos, para hacer real la preservación de nuestra cultura, y una sólida alianza con la porción del Tercer Mundo que vive y es sojuzgada en las entrañas mismas del Norte. Debemos ver el hecho como es, como una confrontación entre ricos y pobres; con sentido de clase, no de raza. Los latinoamericanos debemos integrarnos plenamente para enfrentar esta lucha, en una integración de etnias y de clases sociales, pero visualizando el problema desde una perspectiva global de pueblos saqueados, y no desde una negativa visión racista. Cuando el saqueo indiscriminado de los recursos naturales causa graves estragos en la ecología, el hecho bárbaro no agrede nada más a las etnias, sino a todos los habitantes del continente. El nivel de vida del Primer Mundo lo paga el Tercer Mundo, íntegro.

Debemos evitar con todas nuestras fuerzas (con la fuerza de nuestra cultura, fundamentalmente) ser arrastrados hacia el abismo por un Norte que en los finales del siglo ha dado un impresionante salto al pasado, en lo cultural y en lo político, minado por sus internas depresiones económicas, por su fanatismo y su racismo, por el choque de sus propias economías del poder, que nos ponen en peligro de una nueva guerra mundial que nos haga pagar otra vez necesidades de las que no somos responsables.

“La cantidad hechizada” / Volará el Colibrí

Mientras tanto, Felipe González lo sabe; los elementos que dieron lugar a la Conquista, con las transformaciones lógicas del tiempo, siguen en pie. Sí existe la unipolaridad en el planeta, integrada por una multinacionalidad hegemónica –aún con sus diferencias entre sí-, a la que se viene a sumar, en plan de sirviente, el poder criollo de nuestros países. Nuestros pueblos, por su parte, han ido acrecentando la “cantidad hechizada”, una nueva cultura que brota de las multietnias, asediada pero que será la mayor defensa en la resistencia y la mayor fuerza para la liberación.

La traición de los intelectuales alistados en contra de la cultura, así como los marxistas de circunstancia, que cambiaron bandería en función del trasnochado liberalismo que desde el pasado tantos perjuicios nos abona, ha representado un fuerte golpe en esta lucha de resistencia; pero como dice Petras:

"...las clases trabajadoras, las mujeres que trabajan y los pueblos indígenas y campesinos saben lo que son la explotación y condiciones locales; no necesitan intelectuales que les enseñen sus condiciones cotidianas. Lo que piden de los intelectuales es que les den explicaciones del contexto mundial más amplio, de los cambios estructurales y configuraciones de poder que actúan sobre su mundo, así como soluciones y estrategias viables para tratar con sus adversarios y poder transformar la sociedad hacia un orden social más equitativo e igualitario. En una palabra, piden que los intelectuales promuevan el liderazgo político e intelectual responsable, que rinda cuentas a los movimientos populares, democráticos y socialistas".

La traición de los intelectuales de la pasada generación, de los exmarxistas neoliberales, no es factor definitorio. Existe en estos momentos una nueva generación de intelectuales leales inmersos en el estudio y la reflexión acerca de pasados errores, adecuando el pensamiento teórico a las nuevas realidades políticas, a las nuevas necesidades sociales, en el trabajo de un nuevo lenguaje marxista que sigue siendo la única respuesta viable a los requerimientos de la actual era.

Mientras tanto, el Continente de la Imaginación, esta mestiza franja del planeta, no morirá en esta lamentable vuelta al pasado. Enfrentará la hegemonía como desde hace 500 años, pero dentro de su realidad multiétnica. Y tendrá que ser así. Lo demás es dividir.

En nuestra inmensa mayoría no somos indios ni europeos, como tampoco africanos ni asiáticos. Somos mestizos latinoamericanos, fuerza presente, lastimada hasta los huesos, pero de pie; realidad ineludible acrecentando su espacio vital en este periodo entre siglos. La resistencia de la Iguana lo sabe. El Colibrí alcanzará su vuelo.

ES LA SAÑA DEL NEOLIBERALISMO: ... Y NO ES FANTASMA EL QUE RECORRE LOS CAMPOS DEL MUNDO

Sí.

No queda otro camino que volver a intentarlo.

En medio de la alharaca de teóricos profundamente reaccionarios envalentonados como nunca, regocijados en pretensiones que subrayan a cada paso aquello del fin de la historia, de la clausura de las ideologías; entre el rebumbio triunfal de estos teóricos que en su momento fueron una y muchas y siempre veces derrotados en el debate, por su falta de sustento histórico, pero que ahora, en los giros de la moda, se vienen sirviendo con la cuchara grande frente a la confusión que provocó en los pensadores serios la caída de la Unión Soviética; frente a la ausencia de éstos en las mesas redondas, en los coloquios y seminarios, en los medios impresos y electrónicos mientras se restablecen de la confusión producida por el descomunal golpe; en medio de la danza macabra de los supuestos enterradores del socialismo, se encuentra en pie, viva como nunca, la miseria y la desesperación de los pueblos sometidos a la saña brutal de la economía y la política neoliberales.

Ahora, a esos teóricos reaccionarios (que resultaron ser muchos), el supuesto triunfo del capitalismo neoliberal les da la razón, y no se puede menos que pensar, ante el desamparo y el abandono en el que "viven" millones de seres, que el triunfo que están gozando es el de la sinrazón, triste triunfo entonces que rescata prestigios o caprichos personales, retorcimientos del intelecto, bandolerismos insertos en los esquemas del raciocinio; triste triunfo de teorías que convalidan el despojo, el bestial sistema de las economías de mercado, el elemental principio de la ley del más fuerte. Y hay reflexiones aparentemente honestas que legitiman todo esto, desde la filosofía, desde algunos aspectos de las ciencias políticas y sociales convertidos en tapaderas del oportunismo y la ambición.

¿Quiénes son los triunfadores en la algarabía referida? ¿Los "trusts" industriales? ¿Los monopolios comerciales? ¿Los grandes capitales y la especulación en torno? ¿Los banqueros ubicados en el ansia de la usura? ¿Los poéticos improductivos, aliados perennes de todo lo anterior? ¿El alto clero puesto a bendecirlos a todos juntos? Finalmente lo que ellos y sus teóricos llaman el fracaso del socialismo no viene siendo más que la derrota del hombre. Es la humanidad la que está perdiendo; el capítulo que vivimos es el de la historia violentada en el tronco de su desarrollo.

Se pueden emborronar kilos de papel, desperdiciarse litros de tinta, empeñar la saliva en disquisiciones interminables, pero ni los epinicios de la mentida victoria ni nada de eso, podrán borrar de la faz terrestre esa enorme mancha que crece y crece sin que nada la pueda detener, esa mancha que es la pobreza, mancha que en su avanzar incontenible terminará copando a todos, y en esta totalidad obviamente quedan incluidos los grandes hambreadores internacionales y sus secuaces nativos, carentes de sentimientos humanistas y del más elemental concepto de nacionalidad.

Y comerás democracia

Desde mucho antes sabíamos, lo seguimos sabiendo por encima de la matraca y el redoblante, que -hay una lógica elemental que así lo grita- la propuesta capitalista finalmente no tiene salida y que en las garras de la deshumanización tarde o temprano perecerán los despojados y los despojadores, a menos que la fuerza de los pueblos haga cambiar, para que nos podamos salvar todos, el rumbo de la historia.

El neoliberalismo que desgarrar en estos momentos nuestra realidad con una ferocidad inconcebible, y sus teóricos que justifican las acciones depredadoras desde su defensa en abstracto de la democracia, cuando mucho podrán tener la vida del parásito, que se multiplica en el organismo hasta que lo mata. "Una vez muerto el perro se acabó la rabia" establece la sentencia popular; una vez que el cuerpo social pereciera, ¿cuál sería el destino del virus que le ha minado?.

Los teóricos de este cuento hablan de la derrota del socialismo y se solazan en ello, pero ¿de qué forma sus teorías podrían convencer de su "bondad" a millones de seres que en estos momentos están siendo despojados de sus más elementales derechos por parte del neoliberalismo rapaz? ¿Cómo se les podría decir a los desheredados de Centro América, de Africa, de Asia, de los olvidados pueblos y villorrios mexicanos, que no tiene caso pensar en ninguna defensa de sus vidas, que esto es cuestión del "destino", que a esos millones de hombres les tocó el destino de no aspirar a ningún tipo de esperanza?.

Que vayan los teóricos reaccionarios que en estos momentos están felices por la derrota del "socialismo real" a decirle a la gente que cada día deja pedazos de vida en las minas, en los interiores de las fábricas en donde se la pasa rascando un sueldo de miseria, en las salas de redacción de los periódicos en donde se defienden las causas de otros mientras se pierden las propias, en los cañaverales, en los arrozales, en los surcos trazados con los procedimientos más remotos, en las interminables jornadas de sol a sol, que ya no hay esperanza para ellos, que las cosas así son, que si acaso la única esperanza es el capitalismo, ese que los mantiene hasta ahora entre la vida y mayormente la muerte, un capitalismo que arranca la existencia a pedazos pero que ofrece a cambio la "panacea" de la democracia.

Nada más que nadie se atreve a decir que cuando existen desniveles económicos tan grandes, como los que el neoliberalismo propicia, cuando los índices ya no de la pobreza sino de la miseria son tan altos en las naciones no industrializadas, que cuando el sistema implantado enriquece cada vez más a un puñado de "elegidos" mientras a la enorme mayoría le arrebató el pan de la boca, y a muchos de sus miembros los reduce al desempleo o a la mazmorra, no puede haber democracia posible, que se está hablando de una falacia.

El rostro frente al espejo

Que expliquen esos teóricos que la caída del bloque socialista, de la que tanto se regocijan, si fue por corrupción o por exceso de burocratismo o por planeaciones erróneas de la economía, si fue por cualquiera de esas causas, se debió entonces a que fue un sistema que no pudo erradicar los vicios del capitalismo, que no se debiera hablar del socialismo derrotado sino del triunfo renovado de un ya por todos conocido enemigo de la humanidad.

Si en el organismo que se desplomó venció la corrupción entonces no había un socialismo real sino la subsistencia de una vieja práctica del capitalismo; si lo que ocasionó la caída fue un exceso de burocratismo, entonces ahí no había un socialismo real, sino una vieja práctica del capitalismo. Entonces la derrota del intento hecho por la Unión Soviética debería llenarnos de funestas certezas porque significa que ese intento no pudo extirpar los tentáculos del viejo pulpo, que los malos signos prevalecieron, que desde adentro el capitalismo triunfó una vez más y que una vez más perdió el hombre.

Pero habría que explicarle también a la gente que el nuevo sistema, que el intento de una nueva experiencia social, se tuvo que enfrentar con sus propios recursos -al fin se decía que era el Estado de los trabajadores y era el patrimonio de éstos el que se usaba para los diferentes aspectos del proyecto- a una poderosa comunidad de Estados decadentes pero con una gran fuerza económica aún, que procede de la explotación que han hecho de los pueblos débiles a lo largo de la historia.

Antes del regocijo se debiera explicar que hubo todo un bloque -el llamado "bloque occidental"- que presionó para evitar el desarrollo del nuevo intento, que en esas condiciones se comprenden las deformaciones internas que pudieran haber; si no se permite el desarrollo sano de un organismo, algunas partes de éste terminan atrofiándose con lo que se propicia de nuevo el triunfo de la vieja enfermedad.

Habría que mencionar que sobre el esfuerzo de un pueblo recayó la obligada carrera armamentista, hecho que algunos intelectuales honestos le criticaron acremente a la Unión Soviética, pero también es fácil imaginar que sin una defensa poderosa la URSS hubiera sido engullida aún más rápidamente, existen muchos ejemplos que nos han dado los poderosos países capitalistas en el mundo.

Tanto la carrera armamentista como la carrera espacial, recayeron, pues, en los hombros del pueblo soviético, en una competencia desleal impuesta por Occidente, porque los países capitalistas, además de explotar a sus propios pueblos han contado siempre con los beneficios del saqueo continuo que perpetran desde hace siglos contra las naciones débiles a las que han llevado el sistema de la esclavitud desde sus expresiones primarias hasta las formas más sofisticadas que se manejan en la actualidad.

Prosigan los del júbilo, sólo que la pobreza golpea, y fuerte, díganlo si no miles de familias que viven dentro de la desesperanza del Tercer Mundo, en donde parte de las principales víctimas son los niños, los que nacieron con el destino del terror en vez del de la ternura.

La Ley de Herodes

Un periódico mexicano publicó en sus páginas que en México mueren 100 mil niños al año víctimas de la miseria agudizadora de males que podrían prevenirse. En esa nota periodística la directora general de Atención Materno-Infantil, de importante institución de salud, Yolanda Senties, hacía hincapié en que el 25 por ciento de los decesos entre infantes menores de cinco años responde a persistentes cuadros de desnutrición.

De alguna manera, con las diferencias que imponen las propias características nacionales, esta es una breve ventana a una realidad campeante en la extensión latinoamericana y en la de países de otros continentes que pertenecen igualmente a ese Sur explotado por las grandes potencias, en donde la población infantil es una de las partes más vulnerables en el largo cuerpo de la injusticia.

En la terrible visión suman espanto la venta y el asesinato de niños, su convertibilidad en objetos para utilizar algunas partes de su organismo, su fácil acceso al mundo de la drogadicción y de la prostitución, su natural fragilidad ante la violencia de los adultos, su infinita y fatal miseria y las muchas formas de muerte que ésta facilita.

Ante situaciones tan dramáticas ¿que están haciendo los gobiernos en el mundo? El desamparo que de la pobreza deviene anula defensas a los marginados y así el Tercer Mundo se extiende sobre los mapas de la más cabal desigualdad.

Un mínimo acercamiento a este problema subraya una vez más la tragedia que viven, por ejemplo, los niños de Brasil, asesinados en la vía pública por escuadrones de la muerte formados por cuerpos parapoliciacos, la que viven los niños de Guatemala, los de Perú o Colombia. Por otro lado, ¿cuál pudiera ser el contraste que el problema presenta en sociedades como la cubana, sociedad ésta tan asediada, sobre todo a últimas fechas, por quienes hablan de los derechos humanos, recargados sobre el empañado escarapate del neoliberalismo?.

Dentro de este concierto de inquietudes bueno es echar también una breve mirada al mundo de los niños dentro del pensamiento indígena; ver cuál es la valoración que este pensamiento tiene de sus niños y comprender mayormente lo que les sigue arrebatando la "civilización" occidental, empeñada en un homicidio masivo que tiene como una de sus principales víctimas a la indefendida niñez del Tercer Mundo.

Dentro del amplio mosaico de las etnias latinoamericanas pero desde la ingerencia externa, el panamericanismo de Jefferson se impone sobre el sueño bolivariano para engendrar un nuevo concepto de América Latina sustentado en maquinaciones como la "Iniciativa para las Américas" que puso en boga durante su presidencia el siniestro personaje de apellido Bush, tomando como punto de partida el Tratado de Libre Comercio, involucrando a varios países de nuestro maltratado Sur.

La nueva alianza entre los países de Europa y Estados Unidos -ahora en roce por la absurda "ley Helms-Burton"- ha bosquejado una nueva política primermundista, trabando con ello el posible avance de los países del llamado Tercer Mundo que seguirán siendo los principales exportadores de materias primas y capital, no sólo al vecino país del norte, sino a Europa.

América Latina se vislumbra como el apéndice de un futuro bloque por medio del cual Washington seguirá predominando en el manejo de las relaciones internacionales, frente al embate no sólo de la Comunidad Económica Europea, si no de un probable bloque asiático, a cuya cabeza se encontraría Japón.

Dentro de Estados Unidos las llamadas comunidades de origen hispano se han visto forzadas a participar en esta tergiversada idea panamericanista, apoyando con ello la hegemonía de la sociedad dominante sobre chicanos, puertorriqueños, cubanos, centro y suramericanos, a quienes no llegará ningún beneficio económico, por ser grupos marginados y de coyuntura política.

En el resto del continente -hacia el sur- al acrecentarse las presiones desde los órdenes económico y político, principalmente, la realidad ha ido definiendo situaciones de mayor asfixia en las que los primordialmente afectados terminan por ser los sectores que históricamente ocupan el último peldaño de la escala social, los grupos étnicos, despojados desde el remoto pasado, de presente y de futuro. Tan sólo en México los grupos étnicos ascienden a 56 que se vienen a sumar a la paupérrima existencia de las etnias que habitan Centroamérica, Perú, Bolivia, etc.

En la realidad europea, aunque con diferencias determinadas en la calidad de vida, también existe un problema étnico no resuelto, aquí caracterizado -sobre todo a últimas fechas- por una afloración de nacionalismos utilizados como punta de lanza para desmembrar bloques económicos y políticos que no abonen a las nuevas (en realidad viejas) tendencias hegemónicas.

En todo caso, desde cualquiera de los ángulos que se enfoque, el problema de las etnias sigue vigente en el planeta y en cualquiera de sus formas está jugando también un importante papel dentro de la recomposición mundial.

Mientras tanto, el fracaso estrepitoso de "los políticos", que sólo ha hecho crecer a roja tinta el vasto mapa de la miseria en América Latina y la falta de perspectivas y credibilidad hacia tales actores, débiles ya desde el cumplimentado mecanismo de las urnas, han venido creando áreas de vacío y de un profundo descontento dispuesto a abordar cualquier vehículo alimentado con el combustible de la desesperación.

En esta hora de renovados liberalismos, con particularidades diseñadas sobre los escritorios de los bancos extranjeros, desde donde -incluso- se atreven directrices políticas para nuestras naciones, ciertos sectores militares de sensibilidades nacionalistas, se sienten abocados a escribir ellos las páginas de la historia presente de la región; pero mientras tal parte de las milicias advierte la obligación de escribir esas páginas, la otra parte de los coroneles sigue sin tener a quien, ni quien le escriba, al asumir los tradicionales moldes del cuartelazo, de la usurpación, de la represión.

Esta otra parte mantiene, además, linderos con el empeño foráneo de convertir el flagelo del narcotráfico en pretexto que facilite la intervención en los predios latinoamericanos. Existen, pues, en estos momentos, dos ejércitos y un buzón con las probabilidades de que al término de este nuevo episodio, vuelva a quedar vacío.

"Mi reino no es de este mundo..."

Una evaluación del drama económico que nos agobia establece que en el principio de la década de los 90, en América Latina, 196 millones de sus habitantes sufrían condiciones agudas de pobreza y que la capacidad adquisitiva de los salarios mínimos se veía menguada en un promedio del 50 por ciento. De acuerdo con esas cifras del desconsuelo, el producto interno bruto per cápita se ha reducido al 8.3 por ciento mientras que la inversión total se reduce al 20 por ciento con lo que se atrofia seriamente la capacidad productiva. ¿Todo esto es lo que aplauden los teóricos de la derecha cuando festinan la muerte del socialismo?

Ante tanta derrota cargada a la espalda de los pobres es fácil comprender que los millones de seres en proceso de aniquilamiento acudan con mayor fuerza -más para mal que para bien- a los dudosos auxilios del cielo,

administrados por personajes que a últimas fechas se han visto involucrados no sólo en delicados asuntos políticos sino hasta en los tenebrosos del narcotráfico.

Cuando falla la economía, cuando falla la política, el hombre se sale de la naturaleza para asirse de lo inasible.

Dios ha descendido a nosotros por medio de sus Iglesias, esas maquinarias aceitadas con la sangre de nuestros pueblos. Pero en México, como en cualquiera otra parte del planeta, no solamente actúan las poderosas instituciones co-gobernadoras del mundo; la industria de las ilusiones celestes da para más, y el negocio de la fe se diversifica en una gran cantidad de pequeñas sucursales prometedoras de la gloria eterna que el afligido mortal nunca podrá encontrar en la tierra.

En nuestra América han proliferado las sectas, y éstas han encontrado un mayor impacto en el universo indígena, el más explotado, el más vejado, el más abandonado a su atraso y a su lejana visión de la impuesta "cultura occidental".

Al final de cuentas las sectas han jugado el papel de desunión entre los diversos grupos étnicos -Chiapas sería el ejemplo más claro y más nuestro- además de servir como "caballos de Troya" de las peores ambiciones extranjeras. En nada han aliviado a los indígenas en cuanto al sistema de explotación del que éstos vienen siendo víctimas desde hace más de 500 años y sí en cambio trabajan eficientemente para despojarlos de sus rasgos de identidad, para dividirlos y debilitarlos aun más como pueblos procedentes de una misma historia y de un tronco común.

Para Max Weber la palabra secta es aplicable a una comunidad religiosa que se siente la "elegida", la "salvada". Esos elegidos son los disidentes de las grandes Iglesias que reúnen en su amplio seno a los no "salvados", a los que se tienen que ganar el cielo con la solvencia moral de sus actos. Aunque en las dos actitudes se capitalizan los beneficios del cielo, las grandes Iglesias persisten en el uso de la palabra "secta" como término descalificador; para la Iglesia católica, por ejemplo, "secta" es cualquier grupo religioso que le hace la competencia.

Entre clérigos, banqueros y políticos liberales está el asunto. Ellos son los principales interesados en que pueda ser verdad ese fin de la historia y de las ideologías, proclamado por F. Fukuyama. Mientras la teoría rueda, se diseñan los entresuelos de la globalización; Keynes y su Estado benefactor sufren difícil subsistencia y se inmola a millones de seres en las aras del liberalismo de "laissez-faire" y del Estado mínimo, que tan muy bien han acatado nuestros gobiernos, siempre débiles, siempre de rodillas, llevando adelante su impuesto programa de privatizaciones con el que se dilapida irresponsablemente el exiguo patrimonio de nuestras naciones.

La libertad individual (legitimación del más poderoso) y la primacía del libre mercado, (regulador voraz que deja sin defensa alguna a la sociedad, agredida así en forma artera) abren de golpe las puertas a la "ley de la selva", imponiendo ésta su verdadera verdad sobre el supuesto "liberalismo social" de un Norberto Bobbio (el filósofo italiano que aprobó la masacre de Estados Unidos en Irak) y de su seguidor, Bovero; deja sin contenido para nuestra gente la palabra de teóricos de la política como Giovanni Sartori, que pretende modificar las prácticas políticas pero dentro de sistema tan viciado.

Este capitalismo bárbaro de nuestros días ya no reconoce las economías nacionales y se maneja bajo una nueva concepción de mercados globales, crea zonas económicas con sus propios mecanismos y sus muy particulares órganos de decisión, sus visiones y decisiones son supranacionales y por lo tanto pierde relación directa con los intereses y el sentimiento de la gente que habita la región y que en esa forma es explotada de manera más fría y aniquiladora, sobre todo porque las leyes que se han dado los países son remitidas a segundo término, los acuerdos y los tratados entre los gobiernos y los pueblos son pasados por alto en atención a los intereses de los bloques económicos sin nacionalidad. Se trata del funcionamiento de un mecanismo insensible, sin compromisos morales ni de ningún otro orden con sus explotados, se trata de ese capitalismo salvaje que enajena al hombre, a su medio, a su cultura.

Los cultos, ah... los cultos

En una parte de sus textos de carácter social el escritor Carlos Fuentes se pregunta con preocupación ante los problemas de la vida moderna si las leyes del mercado como único árbitro "guiadas por la mano invisible -reproduce René Villarreal en "Liberalismo social y reforma del Estado"- pueden responder a estos retos, o si ¿se requerirán nuevas formas de asociación y dirección políticas, no más gobierno ni menos gobierno, gobierno responsable y responsable ante todas estas realidades?"

Estos escritores de la derecha contemporánea en sus preguntas no se plantean el combate a muerte contra mecanismos tan nocivos para la humanidad, eso no les es sustancial en lo mínimo de sus reflexiones, su preocupación gira en torno de lo que pudiera ser la mejor adecuación del sistema, en cómo pudiera funcionar mejor "para que cumpla satisfactoriamente con la sociedad". En sus preguntas (y por lo tanto en sus respuestas) lo que se busca es la justificación.

En estas circunstancias ¿que hacer con nuestra cultura? más bien, ¿que hacer con nuestros cultos?, esa es la verdadera pregunta, porque a lo que estamos acudiendo en estos momentos es a la realidad de los intelectuales sin voz, metidos también a la globalización intelectual, sin preocupaciones políticas ni sociales, porque al fin de cuentas buena lección han obtenido -por ejemplo- de las marginaciones, de las cárceles, de las persecuciones a las que se sometió a un José Revueltas, por mencionar a uno, tan nuestro.

El intelectual, desde el inicio de la historia de la humanidad, aprendió a flotar, se desliza conforme la corriente, sin sobresaltos, y al final de cuentas cobra su cuota respectiva pagada en becas vitalicias (el gobierno de Carlos Salinas de Gortari fue especialmente corrupto en este renglón), en fama, en reconocimientos para los que se pone en juego toda la maquinaria estatal (homenajes nacionales y esas cosas). Contra el Ejército Zapatista, se eleva la figura previamente inflada del superpoeta, que ni los más inteligentes y comprometidos, ni los más sinceros con la literatura misma, pueden ver ya en sus dimensiones reales. La maquinaria funciona (para eso cuenta con la participación puntual de periodistas, ensayistas, críticos, investigadores), los poderes político y económico hacen muy bien lo suyo; todos aplauden y el que no, es un pobre diablo que desconoce las excelencias del "clásico en vida".

Aquí todo -o casi todo- es genuflexión. Lo triste es que el intelectual no haya aprendido en tantos siglos a vivir con dignidad, a valerse por sí mismo -los que han tratado de ganarse el título de intelectual honesto están en la tumba o en la cárcel o en el filo del hambre más pavorosa, junto al resto de su pueblo-. aquí todo es cortesanía pura, intriga palaciega y los más inteligentes -porque hay también los simples de la "literatura ligh", y son muchos- sí escriben de política pero pretendiendo justificar "teóricamente" el sistema que les ha dado prestigio internacional y riqueza... y becas vitalicias.

En estos momentos muchos empiezan a darse cuenta de lo que algunos habíamos advertido desde bastantes años antes, y se encuentran de pronto con que los autores de noches de Tlaltelolcos y anexas, ahora autobecados vitalicia y millonariamente, más habían apostado en sus páginas, desde aquel entonces, revolviéndose en la herida de las tragedias nacionales, a la explotación del morbo que a una militancia real del lado de las causas populares, que todo ha sido una gran farsa, que el oportunismo era y sigue siendo su ley enmascarada, y que ahora también -por su verdadera calidad literaria no podían ser otra cosa- se dedican a fabricantes de escritores "ligh", en los infames "talleres" de la superficialidad.

Los gobiernos, al hablar de la modernidad han manejado una idea desarrollista colocando la noción de progreso por encima de cualquier consideración moral, pero las expresiones culturales que se dan en esta hora corresponden a una sociedad desencantada a la que la modernidad le falló, a una sociedad no "progresista" que reacciona contra el modernismo, mas los productos culturales de esa reacción están siendo muy bien usados por la habilidad de los gobiernos. La modernidad -la ideología del progreso y la originalidad- ha fallado y ha sacrificado a la humanidad -

tal es el planteamiento- en función de la tecnología, dios defectuoso que con todo su prestigio, hijo de nuestra contemporaneidad, no logró suplir al otro Dios que nos atisba desde los infiernos de su gloria.

Si ya se partió de la abolición de los valores tradicionales para fundamentarse en el modernismo, lo que viene después con el posmodernismo es el pastiche con los materiales que el modernismo pulverizó. Hay una actitud dirigida a manifestar el cansancio, el hastío, ante el fracaso anterior que hizo conocer al hombre horrores como la bomba atómica. En el posmodernismo se copia lo ya hecho y se hace un pegote con ello, se percibe una mezcla de estilos, una amalgama de elementos, estructuras con base en yuxtaposiciones, revoltijo de tendencias y actitudes estéticas, suma de asuntos para lograr el vacío, la voz del desencanto, la expresión del agotamiento.

Los gobiernos siendo modernistas se valen muy bien del posmodernismo, que en su fase superficial ha creado, por ejemplo, lo "ligh", que sirve a estos gobiernos a las mil maravillas para que el arte no diga nada o para que se convierta en mero entretenimiento sobre los terrenos de lo vacío. Se trata de -ciñéndonos a nuestras particularidades- anular nuestros valores por medio del posmodernismo, ridiculizándolos, trivializándolos, porque éstos, por su naturaleza, presentan resistencia a la penetración ideológica y por lo tanto estorban para abrir las puertas de par en par a los intereses extranjeros. Se trata de borrar fronteras para favorecer la globalización, pero las fronteras únicamente se derriban de allá para acá, porque las del país poderoso están más firmes que nunca, con sus "Border Patrol" y sus perros guardianes custodiándolas.

La mala letra y la buena pólvora

En nuestro país el problema con lo "ligh" es desolador, nuestros autores más bien por incapacidad, por improvisación, que por oportunismo -que también lo hay, y mucho- se han ido por la parte más intrascendente que les proporciona el posmodernismo, el que en una de sus fases degenerativas, les vino a representar un buen pretexto para alcahuetearse en grande con lo inocuo. La degradación de nuestra literatura se inició desde la aparición de lo denominado la "onda", que en su tiempo provocó tantos aplausos por parte de los críticos literarios estadounidenses, quienes se encargaron de poner esta "corriente" tan corriente a la altura de nuestros más trascendentes escritores creando de paso la confusión entre nuestros incipientes lectores, tan mal informados de por sí.

De esta manera las letras nuestras, infiltradas estilísticamente por simplonerías y pochismos en el discurso (ya los jóvenes iban a la secundaria -hablo de los hijos de la clase media- a la preparatoria, a la Universidad, ya hablaban inglés y escuchaban rock, ya eran "superiores" a sus generaciones anteriores que se habían quedado silbando "Amor perdido", y seguían tarareando tonaditas de barriada... y en español) se alimentaron con la temática más ramplona, pretextando que era literatura de y para la juventud, como si la condición de lo juvenil fuera estar desprovisto de inteligencia.

Mientras esto ha venido sucediendo con el arte y la literatura, mientras peores cosas han sucedido en la economía y la política, incluyendo el crimen a la vista pública (Colosio, Ruiz Massieu, Polo Uscanga), mientras hay regentes de la ciudad que se asignan aguinaldos hasta de 700 millones de pesos, en nuestros pueblos se ha incrementado el índice de analfabetismo, la falta de seguridad social es aterradora, el endeudamiento de nuestras naciones llegó a tales cifras que no tiene más salida que la moratoria, solución a la que se niegan nuestros gobiernos porque significaría no gozar más los multimillonarios mazos de dólares con los que el Norte asiste.

Nuestros pueblos -hoy como nunca- están viviendo en la más auténtica desesperación. En las ciudades, las grandes centrales obreras continúan coptadas bajo la dirección de líderes vendidos, se dispone de la ley a conveniencia de los poderosos, se aniquila a sindicatos independientes; los dirigentes leales son encarcelados, el desempleo es el pan de cada día, el índice de suicidios crece en forma alarmante, el crimen organizado, y el desorganizado, se apoderan de las calles, la ciudadanía no tiene defensa.

En el campo, la situación es mayormente atroz -como siempre lo ha sido-. En el mejor de los casos, los campesinos son atados con el tosco cordón de sus necesidades y llevados así a las urnas para votar a favor de sus explotadores.

En el peor de los casos, son emboscados y acribillados en sus parajes dejando, ante la indiferencia de los tribunales de justicia, a familias enteras sumergidas en una miseria y en un desamparo aun mayores.

Con ese barro amargo están amasados nuestros países, manejados por funcionarios ineptos y tramposos e ilustrados por intelectuales con sangre de atole. En esas condiciones, que vengan los teóricos de la matraca a decirle a nuestra gente que ahora sí deben estar contentos porque ya cayó el muro de Berlín; que vengan los Fukuyama, que desciendan a la desesperanza para que les hablen del fin del socialismo a las víctimas de la política neoliberal, que instruyan acerca del fin de la historia a seres que saben que eso no es cierto, porque la historia la traen ellos colgando en el cuello.

Que vengan los de la matraca y el redoblante a disertar sobre el fin de las ideologías, que se lo digan a ese gran conglomerado extendido sobre el planeta que está luchando por la implantación de la justicia social, por que las comunidades puedan vivir en la equidad y el respeto, por que se establezcan medidas que permitan al hombre gozar una vida verdaderamente humana. Hasta ahora el capitalismo -el neoliberalismo es su rostro más feroz- lo único que ha hecho es acercar a la humanidad al precipicio. Ha explotado al Sur y ese Sur violentado, en mecánica de metástasis, aparece a estas alturas royendo también las entrañas del prepotente.

¿Cuál es el triunfo que pregona si la pobreza que ha provocado la lleva ya incrustada en sus propias entrañas? Ahí está el Tercer Mundo, invadiendo sus calles, penetrando en los asuntos de su vida diaria, multiplicando en el Norte, los cuadros de desocupación; el rockerío y los demás productos de estupidez que creó ese capitalismo para minar a los explotables, tienen cogida por las solapas a su propia juventud, cada vez más subculturizada por la propia mano de quienes rigen los destinos norteros, cada vez más desquiciada, sumida en la drogadicción.

Volverlo a intentar

¿Qué ha hecho el capitalismo que conocemos, y al parecer el único posible, por aliviar la desigualdad y alcanzar la justicia social; por corregir las tendencias regresivas en la distribución del ingreso; por defender el empleo; por preservar los derechos de las minorías étnicas? ¿Qué, si al mismo tiempo que es responsable de la crisis económica lo es del deterioro ecológico en el planeta? La superriqueza de unos cuantos no salvará a la humanidad, por lo tanto, el estrepitoso fracaso del capitalismo es innegable e irreversible, avanza hacia un destino tenebroso, poblado por millones de hambrientos que ha creado en su voracidad, y sobre una depredación ecológica que delinea un destino funesto.

Su engendro más reciente, el neoliberalismo, en su exaltación del individualismo inicuo, avanza en la idea de que el Estado sea desmantelado para dejarle el espacio libre a la acción del capital, así, el Estado sólo serviría para avalar la violencia con la que los grupos de poder explotarían aun más a las sociedades sobre cuyo sacrificio se finca el Imperio.

Por lo pronto, atrás de la acción del tambor y la matraca, los pueblos cuentan ya, junto con su experiencia interna, que les habla del perjuicio en su propia carne, con la externa, basada en el inocultable empobrecimiento que en lapso de apenas un puñado de años sufren los países del mundo ex-socialista, con sociedades que han dado un impresionante salto hacia atrás respecto a las conquistas sociales que gozaban. Frente a la acción depredadora del neoliberalismo, esas sociedades, por medio del voto están volviendo a instalar en sus parlamentos, como se está viendo, a los dirigentes que la irrupción del capitalismo había desplazado. En Europa Oriental están surgiendo movimientos de recuperación del socialismo, y en todo el mundo, a la vez, han ido en aumento las protestas de los trabajadores en contra del capitalismo salvaje, como bien se pudo observar en las pasadas jornadas del primero de mayo en el planeta entero.

Existen en el orbe cuatro países socialistas: Cuba, China, Corea del Norte y Vietnam, ante la brutal embestida del capitalismo mundial, estas existencias debieran ser altamente significativas, sobre todo porque se encuentran en lugares tan disímbolos y alejados como son Asia y América Latina. Sin embargo, para el pensamiento

contemporaneo occidental estas reveladoras experiencias no cuentan, y sí habla de la derrota del socialismo porque sus parámetros y su moral están centradas exclusivamente en el poder monetario. ¿Cuba es un país industrializado, que maneje situaciones de peso en el mercado internacional? No, Cuba es una pequeña isla cercada criminalmente (el bloqueo de Estados Unidos fue decretado oficialmente el siete de febrero de 1962) desde hace más de 30 años por uno de los gobiernos más poderosos y sanguinarios que conoce la historia, un país pequeño que heroicamente persiste en pie, hablando por la dignidad de los pueblos latinoamericanos; entonces, si tan pobre es y tan cercado está, su existencia no cuenta, en esta moral en la que solamente es tomado en consideración el poder económico, su ejemplo y su existencia no tienen ningún significado, esa es la moral imperante, por lo tanto, el socialismo ya murió, no valen la pena los diez millones de habitantes que en un punto del Caribe defienden, su fe, su dignidad, su historia.

Pero la historia no se detiene, con sus luces y sus sombras avanza. En esta historia el capitalismo no tiene moral, su único Dios es el dinero y seguirá expandiéndose sobre los pueblos débiles de gobiernos corruptos e intelectuales acomodaticios, por lo tanto las causas que dieron vida al pensamiento socialista, los abusos del capital, la explotación inhumana, persisten, ahí están, como una enfermedad gozando de cabal salud, ¿cómo se puede decir entonces que el socialismo ha muerto si no ha muerto la enfermedad que lo ha generado como antídoto? En todo caso, lo que se requerirá serán las adecuaciones necesarias para seguir armando la defensa de los desheredados que siempre demandarán un programa de acción que haga posible su permanencia sobre la tierra.

Desde los meandros mismos del Río de Heráclito, en la contemplación de la corriente en la que nos sumergimos, sabemos que nada puede ser igual, cada segundo que pasa cambia el planeta y lo que en él habita. Las luchas cambiarán de forma, pero los seres tienen derecho a seguir soñando que algún día saldrán de este largo y ancho pantano de la prehistoria en la que vivimos y que entonces se conquistará por fin la verdadera historia del hombre.

A los millones de hambrientos, de marginados, a los miles de muertos, a los cientos de encarcelados, a los perseguidos, a los enfermos, a los que todos los días mueren de inanición en el campo y en las ciudades, no pueden venir los teóricos de la matraca a decirles que ya no tienen armas para intentar la permanencia. A esos millones de seres convertidos en sombra del capital lo único que se les puede dar son nuevas formas de organización bajo los mismos ideales de justicia e igualdad y demostrarle a los teóricos envalentonados de hoy que aquello del fin de la historia no es cierto, que la historia ahí está, con sus signos adversos, pero que volverá a ser tarde o temprano en las manos de los pueblos -si no, lo que sobrevendría sería el fin de la civilización- y que ante esa perspectiva y ante la inoperancia de ciertas formas de lucha, a los que nada tienen después de su pobreza, no les queda otro camino más que el de revisar procedimientos... y volverlo a intentar. Cuentan para esto con el respaldo de miles de sangres que murieron en el mismo empeño. Juntos se alzarán vida.

LA POESÍA DEL TERREMOTO

...la ciudad desfallece
bajo el quinto sol,
no la castiga el agua,
ni el tigre,
ni la furia del viento,
ni tan siquiera el fuego ardiendo
en el plumaje sagrado
del crepúsculo,
sino el socavón
de sus entrañas...

Mirta Yáñez.

Cuando despertó estaba ahí, en la garganta del Diablo.
José Lezama Lima.

El centro cósmico del terror tiene peso y volumen; desde su espejo de obsidiana lanza el rayo de la muerte que penetra en la tierra y en la carne, su antigua fuerza se siembra en ellas, se rehace tierra y carne en sus hijos – continuamente renovados- en sus hijos que lo cumplen y lo echan a caminar sobre el valle, los hijos de Tezcatlipoca, los hijos del terror.

En el valle del miedo, desde las demás patrias que lo circundan y le dan forma y validez, todos somos víctimas y culpables, cargamos nuestros días con la culpa y su espanto y sabemos que el castigo es terrible siempre; desde el enojo del dador del fuego, del dios sañudo descendiendo a la milimétrica universalidad de nuestras células.

Primogénito en la tetralogía divina, espejo que humea, señor entre las ruinas, vestido de negro desde los designios de Ometecuhtli y Omecihuatl, en los asuntos del valle es la esencia que acecha desde el cielo, la tierra y el infierno, el omnipresente, el que pierde a su hermano Quetzalcoatl, el imbatible, el que prevalece aún, en las corrientes de nuestra suerte porque padre nuestro es, constructor de la astucia del mundo; entre ecos retorna y a él retornamos para hacer y ver nuestros días, y vivirlos, y temerlos.

Patrón de hechiceros y salteadores, el nombre de Tezcatlipoca, el invisible, sigue significando muerte y destrucción, porque en nuestro tejido histórico continúan vivas las antiguas fuerzas, la primera fe, con la sombra de sus dioses agazapada tras la adoración cristiana, fundando el equilibrio del sincretismo. Por eso el arte mestizo del escritor purépecha, cierra uno de sus ciclos con una corona de espinas en cuyo centro, en vez del rostro de Cristo irradia el redondo espejo de obsidiana, el espejo humeante, el disco lunar, el soplo de la noche, también rey del cielo y de la tierra.

Cuatro dioses hermanos nos dieron los puntos cardinales; los cuatro siguen en alguna forma entre nosotros y componen y ordenan la atmósfera del valle: Tezcatlipoca, el vestido de negro, el norte; Camaxtle, de rojo, el que nos dio el poniente; el tercer hermano, Quetzalcóatl, el señor de blanco, el oriente, y el señor azul, el que guió los pasos para la fundación, Huitzilopochtli, el colibrí zurdo, dictado de la voluntad, el sur.

Estas fuerzas forman aún parte de nuestra realidad, en gran medida nos siguen sujetando a los signos del cosmos, a nosotros, a los que procedemos de su destino de maíz y pedernal. Continuamos hijos de su fuerza; por tal, con su efectividad pretérita, el sol muerto, dios-tigre, escándalo bravo de guajolotes, rencor de gran cojo del universo, se desata vesánico puntual en nuestros presentes culpables.

Los dioses del principio están enojados con Tlatelolco, el centro de México. Siempre presentes se yerguen y cobran con la mano funesta de Tezcatlipoca. Tlatelolco se fundó en un islote cercano al que la voluntad primera había señalado para asiento de una cultura. Nació y creció en un islote diferente a aquel para el que la voz tutelar, desde sus ámbitos sagrados, había previsto un nopal y sobre él, el nudo magistral del cielo y la tierra, cielo y tierra trenzados, unión y lucha como símbolo para la edificación.

Tlatelolco –por diferencias políticas entre los primeros habitantes de la laguna de Texcoco, de México- fue construida en auto de desacato. Posteriormente, a la llegada de los españoles, en uno de sus altares de piedra se ofició la primera misa en honor del Dios de yeso -el traído de ultramar- mediante un complaciente permiso de Gobierno, antes de consumada la conquista. Quizá por ello Tlatelolco, tierra más que de casta guerrera, de casta de mercaderes, fue el lugar escogido para la estrepitosa caída, para escenario terrible que llenaría de pavor la visión de los vencidos. Tal parece que la sangre vertida en esa y otras épocas no hubiera sido bastante para saldar las afrentas. Los dioses del principio continúan enojados con Tlatelolco, el centro de México.

Odio de los poderes antiguos que produce en nuestros días muerte y desolación; desolación y muerte que para el pensamiento moderno derivan de la falta de una planeación adecuada, de un programa urbano acorde con las características del subsuelo, del desmedido crecimiento de una ciudad que fue fundada a partir de un islote señalado por la magia ancestral, en el centro de una enorme laguna y que al extenderse hizo sus cimientos sobre el fango, sobre lo que antes habían sido canales en los que transitaban embarcaciones guerreras y designios religiosos.

Inmoralidad y ambición desmedidas han permitido ese crecimiento inadecuado; se sabe bien porque bien se ha gritado hacia los cuatro puntos cardinales, porque en ello han insistido repetidas veces sociólogos y urbanistas, dirigentes sociales y los poetas y artistas independientes, los comprometidos con su realidad, los que no niegan los aspectos políticos a su obra porque han establecido un mayor compromiso con su tiempo que con la mezquina ambición de apartar un mínimo espacio en el Olimpo inmaculado temeroso de mancharse con las heridas de este cuerpo caminando que somos todos.

Cada necesidad crea su expresión: la necesidad de gritar, de reír, de llorar, de llamar a ladrones y criminales por su nombre; la necesidad de decir nuestra historia, nuestra responsabilidad en y hacia ella. Ahora, catarsis salomónica, estamos en el tiempo de gritar, el poema habrá de conjurar nuestra soledad contemporánea; es un grito que nace de las entrañas del hombre, que trasciende el polvo y el espanto y se eleva a violentar la armonía del cosmos, para que la eternidad se entere de la muerte, la angustia, el abandono de los hombres, para que sepa de la nuestra muerte, como un prólogo del puño que se alza y la voluntad que transforma.

¿Cómo decir derrumbe y discurso oficial en un mismo haz de palabras?, ¿escombros y renovación moral? ¿tragedia y mentira?; aquí es en donde el hombre tiene que recurrir a la espiral de la palabra poética...y recurre y ocurre entonces que entra a la historia viva de su tiempo. Cada letra es hija del cíclope, se multiplica y cada nueva extensión es un ojo que desentraña y una voz que golpea con la denuncia.

La ciudad, orgulloso monumento al concepto geométrico de la verticalidad, de pronto se desploma con estrépito, se derrumba con el pedazo de cielo del que estaba asido; entonces es necesario levantar la arquitectura del arte para (cuando la otra falla) levantarnos de los escombros, salvarnos. Si Tezcatlipoca, el Dios, está por la muerte, Nezahualcóyotl, el hombre, por la vida y con su palabra ejerce su conjuro.

En medio del caos la palabra se levanta, no se pida aliño en varios casos; lo estrujante de los acontecimientos no lo permitió. Se escribió con la misma violencia con la que se sacudió la tierra. Cada letra es hija directa del descomunal estremecimiento. A veces sí, el trabajo de filigrana (el arte reclamando la mano del oficio) pero en muchas otras la voz ruda, ronca, irritada, que tiene cosas que gritar, en la mayoría de los casos, un discurso haciendo equilibrio entre estas dos actitudes, y en estas dos aptitudes: la vida y la muerte.

La tradición del pensamiento nacional une dos fuerzas en su visión y relatoría del terremoto del 85; su posición ancestral acerca de la muerte y su protesta política. Hay esas dos expresiones profundas, muy nuestras en los testimonios de la tragedia; la poesía con el tema de la muerte –viejo tema mexicano– y la de convocatorias cívicas, también de larga presencia entre nosotros desde el verseado panfleto anticlerical hasta el torrente de poemas que se escribieron a raíz de la matanza del Dos de Octubre en Tlatelolco; todo esto navegado sobre una ancha corriente sanguínea en donde ensayaron la violencia del verbo los Gutiérrez Cruz, los Fernando Celada, sin omitir en la consideración, en vía paralela, el lirismo corridesco.

La poesía de compromiso social viene a constituir una forma de hipóstasis de esa sustancia política en la que los pueblos van determinando las secuelas de su desarrollo. Existen dos tipos de poetas en el centro de esta hoguera; el poeta leño y el poeta-resplandor. El primero se horizontaliza cuna del fuego, alimento de tal fuerza. Su versificación es directa, desprovista de complicados procedimientos metafóricos “poesía panfletaria”, suelen llamarle a su producto. Se duele de la situación social y por medio de su verso pretende incitar y sacudir la conciencia colectiva.

El segundo, es la irradiación, la expansión luminosa de la columna de fuego, desprendimiento y sustancia volátil de la verticalidad retorciéndose de la llama, la manifestación aérea de la sustancia. Es el poeta que sin necesidad de levantar el puño cerrado, penetra y se convierte en el espíritu de su tiempo.

Finalmente leño y resplandor se corresponden, llevando en el centro la verdad del fuego como eje que une inexorablemente a la materia con los territorios de su imagen. Así es como en México han descrito la condición del pueblo, empeños que van, por ejemplo, desde la tinta de un Fernando Celada (“Yo exorno los suplicios/ de los pueblos esclavos,/ alimento el ardor de los patricios/ y sacudo el acero de los bravos./ Rompo las ligaduras/ de todas las infames opresiones:/ soy la libertad...forjo armaduras/ y yelmos y cañones”) hasta la de Efraín Huerta (“Y después, aquí, en el oscuro seno del río más oscuro,/ en lo más hondo y verde de la vieja ciudad,/ estos hombres tatuados: ojos como diamantes,/ brúscas bocas de odio más insomnio,/ algunas rosas o azucenas en las manos/ y una desesperante ráfaga de sudor./ Son los que tienen en vez de corazón/ un perro enloquecido,/ o una simple mañana luminosa,/ o un frasco con saliva y alcohol...”).

En el recuento quedan inscritas actitudes que señalan la militancia de los poetas en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (Nicolás Guillén, durante su estancia en México, Efraín Huerta, Aurora Reyes, Bustos Cerecedo y tantos otros) trabajadores de la cultura que presididos por el compositor Silvestre Revueltas cruzaron el océano y colaboraron hombro con hombro, desde los ámbitos de la cultura, con el pueblo español en su lucha republicana contra la demencia nazi que había armado el brazo franquista, o bien su aglutinación en lo que fue el vanguardismo mexicano, representado por el grupo “Estridentista” (Maples Arce, List Arzubide, Salvador Gallardo, Arqueles Vela, Quintana y otros).

Poeta-leño o poeta-resplandor, dentro de las correspondencias de materia y espíritu, éste asume la escritura como una expresión de orden en el centro de un contexto previsto por el sicólogo Paul Goodman en este vaticinio: “el desorden aumentará, no necesariamente en forma explosiva, sino que asumirá las formas más interesantes de la erosión, los harapos, la desobediencia y la desintegración de las instituciones...” Leño y resplandor, los dos extremos de la columna de fuego transforman entonces la conciencia política y redactan el testimonio de su tiempo.

Cuando la grandiosidad griega, era la expresión espartana envolviendo a Tirteo en las lenguas de su propio fuego; Arquíloco era, arrojando al suelo el ostentoso escudo para tener la opción de volver al día siguiente, con un escudo nuevo y la vieja decisión frente al enemigo, con el acero y la palabra a filo pleno sobre campo de batalla. Desde entonces los poetas sembraban con himnos la tierra, con arengas el aire, con exitativas la imaginación de los hombres. Desde entonces la muerte ha sido vencida de continuo hasta nuestros días. Habla Lezama Lima: “Heidegger sostiene que el hombre es un ser para la muerte; todo poeta, sin embargo, crea la resurrección, entonces ante la muerte un hurra victorioso. Y si alguno piensa que exagero, quedará preso de los desastres, del demonio y de los círculos infernales”.

El otro gran tema de la poesía mexicana que aquí convocamos es la muerte. En “El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana” Jaime Labastida asienta: “Ningún poeta lírico se enfrenta a la muerte como si fuera una entidad abstracta y difusa, sino como a la encarnación, súbitamente dolorosa, que el rostro descarnado de la muerte asume en un semejante (y si es una persona amada más semejante aún) o en la posibilidad de que nuestro mismo rostro llegue a ser una de las muecas de la muerte. Sólo en la poesía épica, como vemos a propósito de Homero en las palabras de Machado se habla de la muerte como algo extraño que el poeta simplemente contempla. En la poesía lírica, por el contrario, la muerte desgarrar un objeto entrañable”. Si aceptamos en las palabras de Labastida que el modo concreto con que se manifiesta la muerte en la poesía es siempre un modo histórico determinado, la resurrección de la que habla Lezama Lima viene siendo entonces la sobre historia, curva de la espiral hacia la energía de lo inmortal, más allá de la historia, la suma inagotable de las historias.

En el terremoto del 85 los poetas se enfrentaron a la muerte pero abordando a ésta no como concepto de muerte sino como suceso de muerte, se enfrenta a la muerte a través de los muertos no de la idea de muerte, muerte específica, muerte de los muertos, de las vidas destruidas, de las construcciones que se derrumban. Aquí no hay filosofía de la muerte, aquí es la muerte en su volumen descarnado, repartida macabramente entre los escombros.

Ya en nuestra tradición poética habían convivido —en poemas cumbres— estas dos formas de tratar el magnum factum. La muerte de Acuña es una muerte filosófica, pero de una filosofía materialista en la que nada se crea ni se destruye, solamente cambia de forma; es una filosofía que parte directamente del cadáver horizontalizado, rígido, sobre la fría plancha, poema que fluye de ese material, objetivo hecho: Y bien: aquí estas ya... sobre la plancha/ donde el gran horizonte de la ciencia/ la extensión de sus límites ensancha./ Aquí donde derrama sus fulgores/ ese astro a cuya luz desaparece/ la distinción de esclavos y señores/ Aquí donde la fábula enmudece/ y la voz de los hechos se levanta/ y la superstición se desvanece.

Ese cadáver toma identidad, adquiere un nombre, se hace más concreto, adopta el rostro del ser querido, se hace cercanía cercanísima de nuestras venas y músculos diarios, copártcipe de nuestro minuterio. El cadáver del mayor Sabines se desgarrar dolorosamente de los días cotidianos, dolor materialmente brutal con el que el poeta despierta el organismo inerte: Te enterramos ayer./ Ayer te enterramos./ Te echamos tierra ayer./ Quedaste en la tierra ayer./ Estás rodeado de tierra/ desde ayer./ Arriba y abajo y a los lados/ por tus pies y por tu cabeza/ está la tierra desde ayer./ Te metimos en la tierra/ te tapamos con tierra ayer./ Pertenece a la tierra/ desde ayer./ Ayer te enterramos/ en la tierra...

La otra cara de la muerte es traída a nosotros por Gorostiza; trasciende lo material, se convierte en reflexión profunda, filosofa y se levanta como uno de los poemas excelsos de la lengua española: no desemboca en sus entrañas mismas/ en el acre silencio de sus fuentes,/ entre un fulgor de soles emboscados,/ en donde nada es nada ni está,/ donde el sueño no duele,/ donde nada ni nadie, nunca, está muriendo/ y solo ya, sobre las grandes aguas,/ flota el Espíritu de Dios que gime/ como un llanto más llanto aún que el llanto, como si herido —ay, El también!— por un cabello/ por el ojo en almendra de esa muerte/ que emana de su boca,/ hubiese al fin ahogado su palabra sangrienta...

El poema ya no nace de la entraña directa del cadáver, ahora es concepto, elabora una idea de la muerte, hace abstracción de la rotundez del hecho; pero esta abstracción flota en un ambiente, pisa sobre una geografía, nace de una cultura; entonces el poema y la muerte que el poema toca se vuelven profundamente mexicanos en el verso de Aurora Reyes. “La máscara desnuda” (Danza Mexicana en Cinco Tiempos) se convierte en la visión mexicana de la muerte: Apareces de golpe dentro de mí, dorada/ por un oro manchado de musgo verdinegro./ Ola petrificada del árbol de la vida/ creciendo y apretando la sal del esqueleto./ En lo más entrañable de mi ser ejecutas/ las invisibles líneas del rostro verdadero,/ entregando al proyecto sin límite del polvo/ las columnas del vuelo./ ¡Qué perfecta y antigua simetría, que congelada actividad te anuncia,/ que inerte dimensión te identifica!/ Comprendo la serpiente vertebral de la danza/ prisionera en el eje de su reino vacío./ la angustia del compacto poder con que se anuda/ a su tallo, la ausencia dura del equilibrio./ He tocado los altos escalones de niebla/ que presiden la noche de tu templo iracundo,/ he escuchado el molino que mastica el silencio/ que es como alimentarse la muerte de sí misma, he

alcanzado tu frente coronada de cráneos/ bajo el signo desierto de un abrazo de piedra./ Veo tu dentadura, tu mordedura fácil:/ la máscara desnuda de una risa de huesos...

Sino y signo de luz es la poesía. La muerte esta nombrada por el poeta. Nombrar es descubrir, es tocar con la fuerza que desarticula al misterio, es conjurarlo... y en ello radica la resurrección de Lezama Lima. El poeta nombra la muerte (sino y signo de luz es la poesía) y la vida vuelve a ponerse en pie.

Por otra parte, la muerte cristiana y la muerte mexicana coinciden en cuanto que no son muertes totales; son, tránsito hacia otra vida, hacia el Tlallocan en el pensamiento de los mexicanos, un sitio cubierto de flores y bonanzas ganadas por el que había sostenido el heroísmo de la vida en la tierra; hacia la gloria o el infierno, en el dogma cristiano. Sin embargo, no obstante la doble tradición de nuestro pensamiento colectivo, los poemas escritos a raíz de la tragedia del 85, son terriblemente dolorosos porque enfocan la muerte en su primera fase, la de la muerte-muerte, en el momento mismo de la destrucción, de la soledad, del infortunio, de la impotencia, de la desesperanza.

Quizá en medio de tanto dolor un acercamiento a la segunda fase, la de la muerte hacia la vida, sea la rabia gritada en muchos de estos poemas. La conciencia de que el pueblo ha sido víctima no de la naturaleza, sino de la irresponsabilidad oficial, de la inmoralidad de los funcionarios, de la desvergüenza de los políticos en suma, de la venalidad asesina de quienes detentan el poder económico y político del país.

Hay dolor y hay rabia en estos poemas y así, en una nueva etapa de la gran espiral, como producto del dolor inconmensurable y el innumerable enojo, se vuelven a hacer presentes en nuestra poesía la muerte y la rebeldía cívica que habían venido caminando sobre rieles paralelos, mientras sobrevive un pueblo en el centro de un colapso continuamente renovado, preso en la sortija de su mano: “natura dececit, fortuna mutatos, deus omnia cervit”.

Los dioses del principio están enojados con Tlatelolco, el centro de México. El dos de octubre del 68 y el temblor de septiembre del 85, tienen su centro principal en Tlatelolco, historia sangrienta que revive en nuestros días visiones terribles del principio. En el dos de octubre y en el 25 de septiembre se sacude Tlatelolco; después ese sacudimiento se extiende al resto de la ciudad con su estela de muerte y abraza el país y trasciende las fronteras y sacude al mundo en el que deja impresos los terribles signos del tiempo mexicano.

Aquí, en la escritura del mundo están los dos desastres, los dos cataclismos que estremecieron la conciencia colectiva. En el primero, el grueso de la población se inhibió ante la acción castrense, temió que la sola reconsideración de los hechos provocara el acto total, definitivo del importunado Huitzilopochtli. En el segundo, no había un responsable armado directo; los designios teogónicos habían dejado caer toda responsabilidad a la in-culpable naturaleza. Esta vez, el pueblo no tenía un enemigo armado capaz de exterminarlo –aunque después se vió que sí, en la acción de quienes impidieron al pueblo labores de rescate- entonces ese pueblo salió a la calle y se manifestó, con toda su energía, en contra del infortunio.

El pueblo salió a la calle a ayudar al pueblo hasta donde le fue permitido. En medio del descomunal sufrimiento (la ciudad estaba abatida, zonas enteras habían rodado sobre el piso) en medio del doble cataclismo, el urbano y el moral, junto con el pueblo, se levantó poderosa, conjuradora, pueblo al fin, la voz de los poetas.

El primer testimonio literario que se conoció fue un corrido, firmado por Miguel Angel Mendoza, hijo del investigador musical Vicente T. Mendoza, impreso por Arsacio Vanegas Arroyo, con dos grabados originales de José Guadalupe Posada, hoja volante como en sus buenos tiempos las hizo cuando el porfirismo don Antonio, abuelo de este Arsacio que instruyó a Fidel Castro en las artes de la defensa personal allá por la Sierra de Guadalupe, al norte de la ciudad. Una vez más los dos Méxicos: “En septiembre diecinueve/ Del año de ochenta y cinco/ La ciudad se despertaba/ Cuando la tierra dio un brinco”. Una vez más los dos Méxicos dándose la mano: “La tierra, justa y terrible,/ Enojada decidió:/ ¡Caiga todo lo construido/ En años de corrupción!/ Edificios del gobierno,/ Hoteles y hasta hospitales/ Se hundieron hasta el averno/ en sacudidas brutales”. Una vez más los dos Méxicos

dándose la mano en la tragedia: “Ya con esta me despido/ para que no haya alboroto/ aquí se acaba el corrido/ del mentado terremoto”. Una vez más.

A varios días de deambular las familias capitalinas entre ruinas, apareció una publicación impresa con poemas sobre la muerte. Se trataba de un pequeño cuaderno con la poesía oficial, es decir la que acepta y difunde el Estado desde sus organismos culturales, poesía de poetas consagrados, como si ellos fueran el principio y el final del quehacer poético de un pueblo. ¡Cuánta falta de imaginación de quienes así proceden! ¡Cuánto servilismo con el estatus literario y desamor y desprecio a la creatividad de un pueblo caracterizado por su sensibilidad artística!

El terremoto sacó a flote muchas cosas subyacentes, entre ellas, que la poesía no radica únicamente en la creatividad de las cinco o seis plumas de siempre o siete o diez o quince; que su ámbito es más amplio, pero que desgraciadamente también está infiltrado por la manipulación, como las demás manifestaciones de nuestra vida nacional.

Al cumplirse tres años del trágico suceso, empecé a recoger el testimonio vivo de esos momentos de pesar, relatado por nuestros poetas, los consagrados y los que apenas son conocidos por pequeños grupos de lectores, pero que estuvieron ahí, como testigos y relatores del desastre y que desde ese momento estaban reclamando su derecho a la expresión y a asentar con su verso su versión de los hechos. Aquí, ellos también, junto con los otros, tienen la palabra.

Esta exposición se inicia con Aurora Reyes. Hay dos razones poderosas para que así sea. Reyes es una de las altas voces del México contemporáneo. Su doble energía creativa se resuelve en la pintura (fue compañera de Diego y de Siqueiros, de Fermín, la primera muralista mexicana) y en la poesía, en la que se establece con un poderoso lenguaje en donde están presentes, siempre, acentos y signos prehispánicos. Sin embargo este alto pensamiento nuestro ha sido relegado al casi anonimato en un atentado continuo en contra de nuestras más leales expresiones.

La segunda razón tiene que ver directamente con el binomio integrado por la fuerza literaria y una temática formada en los estremecimientos de la tierra, en lo más profundo de su y nuestra entraña. Aurora Reyes no alcanzó a ser testigo del terremoto del 85; ella había fallecido cinco meses antes; ya no vivió este dolor –nuevo dolor en el costado de su patria- pero su poesía, siempre telúrica, agarrada a veinte uñas a la verdad de la tierra, tuvo en muchas de sus páginas una gran carga premonitoria.

Tierra y colibrí, Aurora venía de todas las raíces y de todos los terremotos; nadie mejor que ella para iniciar esta historia en donde los poetas hablan de esta tierra que los alza, los derrumba y los vuelve a levantar. Punto de partida sólido, punta de pedernal, puño de poesía forjada con la arcilla y la amarga dulzura de la tierra que nos ha hecho.

El inicio del relato poético no partía de la nada; nuestra visión ya contaba con el verbo de uno de los poetas mayores de nuestro tiempo, Octavio Paz, y la palabra de otra sólida escritora contemporánea, Enriqueta Ochoa, quien en asombroso acto de premonición escribió su poema “Desastre”. El orden de estos tres poderes queda establecido en la siguiente forma: Aurora Reyes, el caso de una sola inteligencia que fusiona la visión prehispánica con la demanda política, alta, gallarda, de pedernal obrero, traza recios rasgos sobre el planeta y nos dibuja y nos da una patria; el verso de Octavio Paz coloca sobre esa patria una ciudad y Enriqueta Ochoa, sobre esa ciudad, la desgracia. A partir de este momento de la palabra, los poetas del terremoto, inician el tremante relato de los hechos.

A las 48 horas del segundo sacudimiento, cuando el terror no se desvanecía aún en los rostros de los capitalinos, tuve en mis manos el poema de largo aliento acerca de los terribles sucesos: “Ciudad de México, 1985” de Rodolfo Mier Tonché, poeta que participó intensamente en las labores de rescate y que encabezó la creación de una cooperativa de inquilinos en un edificio de las calles de Aguascalientes, en la Colonia Roma, uno de los lugares más azotados por el infortunio.

Los periódicos y las revistas fueron tribunas para las voces que exigían conductos de expresión. Así la revista Proceso, publicó un extenso poema de José Emilio Pacheco, que se inicia con un epígrafe de Job y otro de Luis G. Urbina tomado de un poema de éste que lleva por título “Elegía del retorno”, la publicación apareció en Marzo del 86, y consta de 17 partes. En su número del primer trimestre del mismo año, la revista “Zurda” publicó los poemas de Roberto López Moreno, Mónica Mansour, María del Carmen Merodio, José Ramón Enríquez, Margarita León, Miguel Angel Guzmán y algunas letras de corridos y canciones con el mismo tema: Qué te cuento,/ que la bárbara ciudad recibió un tajo,/ una lanza desde el centro del planeta,/ disparada al corazón desde algún ritmo/ por la furia de un guerrero siempre oculto. A Rockdrigo, de Guillermo Briceño. Al regente ciudadano/ la boca no le paraba,/ ya nos andaba corriendo/ de nuestra tierra adorada;/ el temblor le vino grande,/ ya nomás tartamudeaba”. Coplas telúricas, Rafael Mendoza y Miguel Angel Díaz. Año de mil novecientos/ ochenta y cinco cumplido,/ la tierra se vino a menos/ como cobrando un castigo./ Perdió sus calles el viento,/ perdió la alondra su abrigo,/ sobre el corazón moreno/ se nos vino el cataclismo”. Corrido de Septiembre, Roberto López Moreno. Minuto y medio duró el temblor/ y en ese lapso de negro asombro/ jiles quedaron, y era un horror/ oír los gritos, ver el dolor/ tan descarnado que aún hoy me pesa,/ luego la ayuda, tanta nobleza/ en esto minutos se ve de plano/ qué grande y frágil es el humano/ frente a la madre naturaleza. Frente a la madre naturaleza. Guillermo Velásquez. En las plazas públicas, en auditorios sindicales, en actividades callejeras el poema alusivo tomó espacio en las voces de poetas como Rodolfo Mier Tonché, José Ramón Enríquez, David Huerta, López Moreno y otros muchos.

Al cumplirse la primera semana de octubre el diario Excélsior publicó Tenochtitlan de Francesca Gargallo; el 11 de octubre Poema 19 de Eduardo Feher; el día 16 una parte de Terremoto de Marcela del Río, valiente poema en donde se encuentran versos como: Harta de paliativos/ de mentiras piadosas/ del dedazo/ de farsas de un casino / donde lo que se juega/ es la vida de un pueblo/ yo poeta/ te acuso: gobernante... el primero de noviembre Escep (oé) tico de Adolfo Mejía y días después, otra parte del poema de Marcela del Río.

Para el cinco de noviembre el mismo diario publicó Un poema, un dolor, de Ethel Krauze; ya antes la autora había hecho entrega de otra pieza titulada Con el número nueve, que señalaba el turno que le correspondió dentro de la colección presentada por los integrantes del taller de poesía entonces a su cargo.

El ocho de noviembre se publicó Crónica nahuatl de Laura Bolaños; el primero de diciembre: La ciudad inocente de Thelma Nava, esto dentro del suplemento cultural El Búho. Días más tarde, de nuevo en la sección cultural fue publicado el soneto Costurera de Jorge Mansilla Torres y la Historia de un desenlace de Oscar de la Borbolla. Todos estos poemas ayudaron a dibujar desde diferentes ángulos el cuadro emocional que prevalecía en la población tan aterida, tan sola (como siempre). En el periódico La Jornada apareció el breve poema de Homero Aridjis: Tiembla en México y se mueven los siglos.

Entre diciembre de 1985 y enero del 86, la revista Nexos reprodujo en sus páginas correspondientes a los números 96 y 97, poemas de Silvia Tomasa Rivera, Ricardo Castillo, José Joaquín Blanco, Kyra Galván, Ricardo Yáñez, Hermann Bellinghausen, Jaime Reyes, José Luis Rivas, Luis Miguel Aguilar, Roberto Diego Ortega y Rafael Torres Sánchez.

Respecto a estos poemas es de citar que aunque varios de ellos no se refieren estrictamente al Terremoto, como en el caso de Rimado matutino de José Joaquín Blanco, Recibo tu aliento de Jaime Reyes y otros, fueron publicados dentro de la misma tensión, y en todo caso, representan momentos muy vivos del devenir ciudadano, ese que fue violentado tan brutalmente el 19 de septiembre.

Acerca de los libros de poemas que se publicaron con el tema específico citaré: Del 19 de septiembre al 12 de diciembre (Tlatelolco y otros poemas) de Editorial Jus.

Entre cantos y cientos, miles, de veladoras encendidas en los jardines que se encuentran frente a lo que había sido el Multifamiliar Juárez (el cual se desplomó casi íntegro), por un lado y el Centro Médico del Seguro Social por el

otro, en la "Ofrenda de muertos" que el pueblo organizó, leyeron piezas sobre el tema los poetas Sergio Armando Gómez y Alejandro Zenteno, junto con Rodolfo Mier Tonché, José Ramón Enríquez, Roberto López Moreno, David Huerta y muchos más porque ese fue uno de los sitios en los que el infortunio se ensañó con mayor crudeza.- Otras ceremonias semejantes se llevaron a cabo, también durante esa noche, en Tlatelolco, Tepito y la Plaza de la Constitución.

Ya era enero de 1986. Los trabajadores del Museo de Antropología organizaron una exposición fotográfica y de poemas en el vestíbulo del edificio, en el Bosque de Chapultepec, ahí participaron con sus poemas, entre otros, Sergio Armando Gómez, Himbert Ocampo, Mario Ramírez, Alfredo Cardona Peña y Adriana Merino.

Entre la población circularon también poemas de escritores de otros países latinoamericanos. Si me preguntan de qué tengo miedo, les diré: que se me olvide, es un extenso poema del ecuatoriano Fernando Nieto Cadena. Este escritor vive entre nosotros desde hace mucho tiempo y forma parte activa de nuestra cultura. Otro poema, Profecía de los antiguos, procedía de la pluma de Mirta Yáñez, fue escrito, durante la primera visita que hizo Mirta a nuestro país. La escritura de este poema surgió de la viva impresión que causó en su autora, ver los espacios, los enormes huecos en donde estuvieron situados grandes edificios conocidos por ella a través de tarjetas postales. Ahora sólo estaba el vacío y en muchos casos, las ruinas que aún no eran removidas (ya era 1987).

En conmemoración de aquellos días de exquisiteces irritantes, por un lado, pero también de pueblo y poesías en las calles, en septiembre de 1987 la Unión de Vecinos y Damnificados 19 de Septiembre (UVyD-19) montó la exposición fotográfica, El terremoto de 1985, en homenaje a Herón Alemán. Esto fue en la galería Frida Kahlo de la propia UVyD y en la parte posterior de la invitación apareció un texto de Ignacio Betancourt: "pienso en la gente aguantando la muerte de sus semejantes, aguantando la caída de las casas, aguantando la caída del día, la caída de Dios, la caída".

Sin esperar la aquiescencia de las autoridades, totalmente desbordadas por la acción popular debido a su incapacidad, actores, poetas, músicos, después de realizar labores de rescate se dirigían a los diferentes albergues repartidos en la ciudad, lugares habitados por la angustia, repletos con damnificados llenos de zozobra y miedo y actuaban para aquellos que en unos cuantos segundos se habían quedado sin casa, sin pertenencias, sin seres queridos, puestos en el principio de un futuro incierto. Ahí estuvieron Julia Alfonzo, Susana Alexander, los grupos de danza Barro Rojo y Contradanza, el grupo de teatro Zopilote, León Chávez Texeiro y tantos otros.

La oficialidad comprendió que había perdido terreno ante la opinión pública (así visualiza los hechos) y para 1987 organiza un concurso literario convocado por el Partido Revolucionario Institucional bajo el título de "El pueblo como protagonista en el sismo y la reconstrucción", y al seno mismo de lo oficial acudieron de nuevo los poetas a dictar su lección de integridad.

Los trabajos que ocuparon el primero y tercer lugar en dicho concurso fueron: La ira de Coaticlue de Luis Avelais Pozos y Poderío de Tenochtitlán, del poeta mexicano-guatemalteco Otto Raúl González. Los dos poemas recurren a simbologías precortesianas, como una ofrenda de vida a los dioses enojados con México.

Dentro de esta dinámica de dolor y denuncia circularon trabajos provenientes de las más variadas voces como las de José Tlatelpas, Lourdes Sánchez, Becky Rubinstein, Mariángeles Comesaña (en la poesía de esta escritora el terremoto es tocado como un suceso más dentro de una visión general de las vicisitudes por las que atraviesa en su cotidianidad la gran urbe) y Enrique González Rojo, el gran poeta de siempre, de verbo fresco, de juvenil torrente que corresponde íntegramente a su posición marxista.

Cada uno de estos poemas por ser relato verídico es iracundia, por ser testimonio vivo es denuncia, terrible denuncia en la que nos leerá y se leerá el ahora futuro mexicano. Los poemas se salen de la voz íntima del poeta para convertirse en la voz de todos, en la voz desgarrada de la tragedia, en la expresión de la colectividad lastimada. Contra la conformidad ante el fatalismo, la respuesta del arte como un acto de solidaridad real. Lo que se escribió

entonces, una vez reunido en el lector, es una prueba, un documento para los que habrán de cambiar el rumbo de tan malhadada historia. Aquí hay una distancia entre la tierra y la palabra que se acorta a su mínima expresión. Es el conjuro. Es la resurrección de Lezama y a través del verso se rompe la sortija de Adriano. Aquí y cuando el terremoto, decir Dios fue decir muerte. La retórica de Persio dio la frase con la que se define el pensamiento de Lucrecio, el poeta y de Epicuro, el filósofo: “De nada, nada”, entonces, todo es vida...

*Este texto fue escrito como prólogo del que sería bajo el título de Polvo en pie un recuento de poemas escritos sobre el Terremoto. En ese entonces el autor de la recopilación laboraba en el periódico El Día Internacional, semanario de gran peso no sólo en México sino en el resto del continente. Esto provocaba celos insalvables en algunos directivos del diario El Día. La directora del periódico, Socorro Díaz, dio la orden de que el libro se publicara en la editora perteneciente al diario. Lamentablemente, en ese tiempo, a la señora Díaz la llamaron para ocupar un puesto político. La dirección del periódico la ocupó entonces el que fungía como subdirector. El terrible enojo que les producía internamente la existencia del semanario alcanzó entonces el grado máximo del encono. Como resultado, a los pocos meses desapareció El Día Internacional y el libro no sólo fue eliminado del programa de publicaciones sino que llegaron hasta el extremo de perder el material que lo integraba. Del proyecto POLVO EN PIE sólo se salvó el texto aquí reproducido. RLM.